

Nancho y Rodrigo son dos hermanos que están muy unidos. Ambos deben superar las barreras que les impiden desarrollar sus proyectos. Sus diversas aventuras transcurren entre conflictos familiares y, cómo no, en el despertar del amor.

SAÚL SCHKOLNIK es miembro de IBBY Chile y un destacado autor de literatura infantil y juvenil. Por sus libros ha recibido diversos premios. En Ediciones SM también ha publicado *No me creas lo que te cuento* en esta misma colección.

A PARTIR DE 12 AÑOS



ISBN 84-340-1613-X

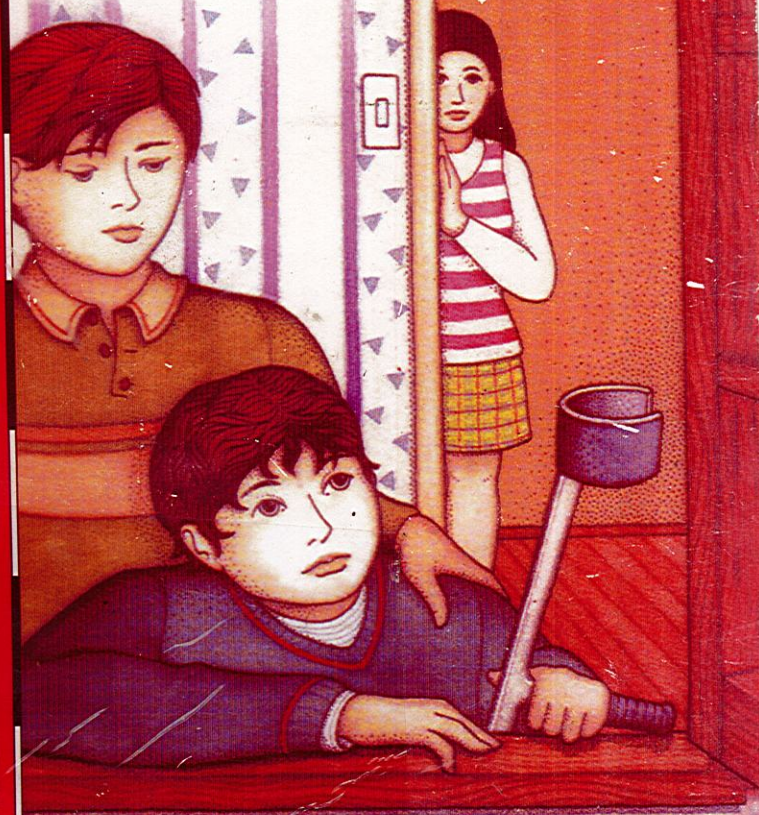


9 789434 816138

EL BARCO DE VAPOR

Saúl Schkolnik

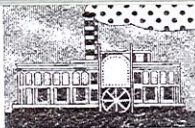
¿Hacia dónde
volarán los
pájaros?



sm

COLEGIO SANTA TERESITA
BIBLIOTECA
COLEMU

EL BARCO



DE VAPOR

¿Hacia dónde volarán los pájaros?

Saúl Schkolnik

sm

COLECCIÓN
BIBLIOTECA
ESCUELA SANTA TERESITA

¿Hacia dónde volarán los pájaros?
Saúl Schkolnik

Ilustración de cubierta: Anisol Loyola

Dirección literaria: Sergio Tanhnuz

Dirección de arte: Carmen Gloria Robles
Diagramación: M^a Gabriela de la Fuente
Producción: Andrea Carrasco

Undécima edición: julio de 2014

© Saúl Schkolnik
© Ediciones SM Chile
Coyancura 2283, oficina 203,
Providencia, Santiago de Chile.

ATENCIÓN AL CLIENTE
Teléfono: 600 381 13 12
www.ediciones-sm.cl
chile@ediciones-sm.cl

ISBN: 956-264-129-6
Registro de propiedad intelectual: 89.762

Impresión: Salesianos Impresores S.A.
General Gana 1486, Santiago

Impreso en Chile / Printed in Chile

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

122469

1 Los acacios

— ¡E H, chutéala, chutéala! —gritó desesperadamente Pedro al no poder alcanzar la pelota.

Nancho corrió y dando un fuerte puntapié alejó el peligro de gol. Entonces, aprovechando la pausa, miró hacia la salida del pasaje. Tomás y el Gordo Yáñez estaban con Claudia y Paula.

Un no sé qué de ganas hizo que, sin avisar, dejara el juego y fuera a juntarse con ellos.

Un par de meses atrás no lo hubiera hecho. El fútbol era lo más entretenido que se podía hacer, aunque quizás... también los paseos al cerro con todos los amigos...

—¡Nancho! —oyó que le gritaban—. ¡Hey, no podís irte!

Sin embargo, siguió caminando, aproximándose, como quien no quiere la cosa, al grupo de la esquina.

Hablaban de la Navidad que se aproximaba. El pasaje desemboca en Asunción, esa vieja calle adoquinada cuyos dos antiquísimos y únicos faroles apenas si logran, por las noches, romper su penumbra, provocando una atmósfera misteriosa pero acogedora.

Fernando, Nancho, y Tomás, su mejor amigo, viven en esa callejuela, que alguna vez fue jardín, una plazuela en la que crecen un par de añosos acacios.

Nunca alguien les había dicho que los acacios tenían espinas, por lo tanto, la culpa del rasgón en los pantalones no había sido suya.

¡No podía adivinar las cosas!, pensó Nancho.

Y se salvó de la paliza de su padre porque en ese momento llegó la mamá y comenzó a darle una larga explicación —tan larga que el papá se aburrió y se fue sin castigarlo— acerca de lo importante que era cuidar más la ropa porque a ellos les costaba mucho trabajo comprársela.

Rodrigo, su hermano menor, participaba en los juegos de Nancho desde el dormitorio que ambos compartían en el segundo piso.

Alzándose con bastante dificultad en su cama, se apoyaba en el alféizar de la ventana y desde allí contemplaba las idas y venidas de Nancho y los otros niños. Los veía trepar y descender de los acacios o, como muchas veces sucedía, darse en el intento un feroz golpe..., aunque se levantaban de inmediato y sin derramar ni una sola lágrima.

Desde su sitial, Rodrigo jugaba con ellos.

Era quien conducía el carro-bomba o, transformado en un intrépido piloto de naves espaciales, surcaba espacios imaginarios. Otras, él actuaba de árbitro en alguna de las partidas de fútbol.

No faltaba la ocasión en que las madres los llamaban:

—¡Nanchooo, Tomáaas!, ¿dónde se metieron? —y ellos... calladitos para no ser descubiertos.

En esos momentos, a Rodrigo le daban ganas de gritar:

—¡Mamá, mamá!, yo estoy aquí también —pero se daba cuenta de que no debía hacerlo y, acurrucado en su cama, se quedaba igual de callado que su hermano.

En algunas oportunidades, y Nancho no podía dejar de sonreír al recordarlas, su papá le había ordenado:

—¡Ya!, ¡partió a hacer las tareas! Y no sale de su pieza hasta que las termine.

—Sí, papá —había asegurado él muy serio. Pero entonces, aunque sintiéndose un poquito culpable —bien poquito, a decir verdad— luego de subir a su pieza, abría la ventana y, haciéndole un guiño de complicidad a Rodrigo, se descolgaba por una de las ramas del acacio.

Durante un rato jugaba con sus amigos al pillarse o a la ¿hachita y cuarta?. Cuando se cansaba, subía, saltaba hacia el interior y acariciaba, al pasar, a su hermano.

Recién entonces comenzaba a hacer sus deberes.

Y cuando su papá le preguntaba:

—Nancho, ¿terminaste ya tus tareas?

Él contestaba:

—No, papá, todavía no. ¡Es que son tan difíciles!...

Claro que eso había sucedido antes, cuando todavía eran chicos.

Después se hicieron grandes. A Rodrigo le dieron una pieza en el primer piso y Nancho quedó solo, lo cual tenía su lado bueno, porque tenía más privacidad; pero también uno triste: echaba de menos a su hermano.

2 De cómo empezar a pololear

UN día —y ya no eran tan niños— estando Nancho y Tomás trepados en el acacio, llegaron Claudia y Paula y se pusieron a conversar.

Como les diera vergüenza bajar, ellos se quedaron muy quietos y, sin hacer el menor ruido, las escucharon.

—Mira —susurraba Paula—, necesito con urgencia ser yo. No quiero que nadie me ande diciendo lo que tengo que hacer o decir... —pensó un momento—, quiero librarme de todo lo que me ata.

—Sí, te entiendo —respondía Claudia—. Yo, lo que quiero, es conocer el amor...

Paula comprendió y se sintió comprendida:

—¡Sí! A veces, de repente, yo pienso que todo está bien, siento que mis caminos están llenos de luz.

—Un entusiasmo loco de vivir...

—Una alegría gigantesca que me llena entera.

Ambas rieron, felices de coincidir, de saberse semejantes, de ser amigas.

Entonces Paula se puso seria:

—Pero, ¿sabes?, de repente, en pocos segundos, cae un gran peso sobre mí. Hay ratos en que

parece que me estoy asfixiando en este mundo que no entiendo. ¡Es terrible!

—A mí también me pasa. Siento que no soy nadie, para nadie, ni siquiera para mí misma.

Ambas permanecieron mucho, mucho rato cailladas.

A veces el silencio, y eso ambas lo sabían, es más expresivo que cualquier palabra.

Claudia hizo un último comentario:

—Es amargo no tener con quién compartir. Por suerte, estamos las dos, ¿no es así?

Fue entonces cuando Claudia le confesó a su amiga que le gustaba mucho Tomás.

¿Cómo podía imaginar siquiera que sus palabras pudieran ser oídas por dos ruborizados —pero curiosos— muchachos a quienes nos les quedó más remedio que escuchar?

—Le escribí una poesía al Tomás —dijo Claudia.

—Déjame verla...

—Pero me juras que no se los vas a contar a nadie.

—Te lo juro —prometió Paula con solemnidad.

Claudia sacó del bolsillo un papel bastante arrugado y casi sin atreverse a mirar a su amiga, se lo pasó. Paula lo tomó con avidez y leyó, para satisfacción de los muchachos, en voz alta.

Al concluir, Paula permaneció en silencio un rato largo.

—¿Te gustó o no te gustó? —se impacientó Claudia.

—¡Oh, sí! Es muy bonita. Pero... tú me dijiste que le habías escrito al Tomás, y aquí no dice nada de él. ¿No crees que deberías mencionarlo?

—Es que si lo pongo y mi mamá me la llega a encontrar, me retaría... O, ¿imagínate que el Tomás la pillara?, ¡me daría una plancha...!

—Si quieres te la guardo.

—No, no... —Claudia dudó—. Mira, te voy a mostrar otra, pero no te vas a reír.

—¡Se te ocurre!

—¡Es esta!

Antes de leerla Paula le preguntó a su amiga:

—¿Y se las vas a mostrar al Tomás?

—¡Qué! ¿Estás loca? —se horrorizó Claudia, como arrepintiéndose de haberle pasado la poesía e intentó reclamarla de vuelta.

—No, no —se opuso Paula—. Déjame, déjame leerla.

Y como eso era también lo que Claudia deseaba, no insistió en quitársela. Pero esta vez, ¡oh infortunio para los muchachos!, Paula no la leyó en voz alta.

Tomás, ya fuera de pura emoción o azuzado por la curiosidad, se inclinó, y se inclinó tanto, que terminó por soltarse de la rama de la que colgaba y fue a caer justo encima de Claudia.

Así empezaron a pololear.

3 *Rodrigo (y Álvaro)*

PERO no sólo Fernando había crecido, también su hermano Rodrigo. En un lapso muy corto, dejó de ser un niño pequeño.

Rodrigo recordaba vagamente escenas de su primera niñez: a su madre acariciándolo, o dándole de comer. A su hermano haciendo piruetas para que él sonriera. A su papá levantándolo con sus fuertes brazos para balancearlo.

Sin embargo, estas imágenes fueron muy pronto reemplazadas por otras en las que su padre, tomándole sus piernas lacias le gritaba, enojado, cosas incomprensibles, lo que no era muy importante, mientras el papá estuviera cerca.

Después incluso estas imágenes habían desaparecido. Su padre no había vuelto a acercarsele.

Y es que en verdad, había sido muy duro para Álvaro, el padre de Fernando y Rodrigo, aceptar que su hijo jamás podría caminar, ni jugar como los demás: aceptar que su hijo era paralítico.

Recordaba a Rodrigo cuando aun era una guagua de meses, sonriéndole, estirando sus bracitos hacia él. Era hermoso. Y todo había marchado bien hasta que un día su mujer lo llamó.

—Oye —le había dicho—, estoy preocupada: Nancho ya se sentaba a esta edad.

—Seguramente el Rodri lo hará dentro de poco —intentó tranquilizarla.

Sin embargo, ella había decidido llevarlo al pediatra. Entonces supieron que el niño tenía las piernas paralizadas.

Su primer pensamiento fue que ese niño no sería un atleta como él, y eso lo alteró. Dedicarse al deporte era lo mejor que podía desear para sus hijos.

No obstante, su primera reacción fue hacer todo lo posible para que el niño moviera sus piernecitas y se sentara.

—Nosotros somos capaces de ayudar a nuestro pequeñito —había decidido—. Le voy a hacer ejercicios especiales para que desarrolle los músculos de sus piernas.

Y durante semanas y semanas, friccionó y movió, friccionó y movió las inanimadas piernas de su hijo.

Sin embargo, no hubo ningún progreso.

Entonces sobrevino la amargura. Hasta quiso dejar el fútbol. ¿Con qué cara podría mirar a sus compañeros si su propio hijo era un paralítico o un flojo?, como lo empezó a llamar. Comenzaron a abundar los epítetos. Los dirigía contra el niño, pero era a sí mismo a quien herían.

El pequeño lo miraba, sin entender, aunque captando su acento despectivo y atemorizado, y comenzaba a llorar, lo que exasperaba aun más a Álvaro.

Tonto, retardado, torpe, cobarde, fueron las palabras más suaves con que lo llamó, palabras que su hijo se acostumbró a oír.

Así creció Rodri. A los seis meses comenzó a balbucear y al año y medio ya hablaba y entendía todo.

Muy pronto la mamá supo que su hijo era muy inteligente.

Cuando cumplió cuatro años, ella intentó convencer al padre para que lo enviaran a una escuela, pero este se negó terminantemente. Él no pasaría por la vergüenza de ver a su hijo arrastrándose ante los demás.

—Si crees que puede aprender algo, enséñaselo tú —le dijo. Y no quiso que se hablara más del asunto.

Nancho, que ya había cumplido los diez, escuchó aquello y acercándose a su mamá le ofreció:

—Yo te voy a ayudar, mamá, no te preocupes.

Jugando con su hermano y estimulado por su mamá, Rodrigo rápidamente aprendió a leer y escribir.

También el abuelo que los visitaba regularmente, y a quien sus nietos querían mucho, ayudó a su crecimiento.

Fue en esa época cuando la mamá, sobreponiéndose a su tristeza, pudo aceptar a su hijo tal como era: un niño que jamás llegaría a ser como los demás. Y aceptar también que lo más importante era lograr que su hijo fuera feliz. Solo así, todos podrían serlo.

Pero al padre, la desilusión y la angustia lo inmovilizaron afectiva e intelectualmente. Le impidieron admitir la inmovilidad física de su hijo.

Muy pronto a su madre se le hizo muy pesado acarrear a Rodrigo en brazos una y otra vez, escaleras arriba hasta el dormitorio y luego escaleras abajo a la cocina, para tenerlo junto a ella o dejarlo en el patio tomando sol.

Como toda su familia estaba convencida de que jamás podría caminar solo, se decidió que ya no siguiera durmiendo en el dormitorio del segundo piso con su hermano.

Entonces los separaron.

Nancho quedó arriba, solo, lo que por un lado le gustó, aunque por las noches echara de menos las conversaciones con su hermano.

A Rodrigo lo pusieron en un pequeño cuarto del primer piso que hasta entonces había servido de escritorio.

Y a modo de muy pobre compensación, atiborraron su habitación de aparatos: televisor, mecánicos, video, juegos, radios... Todos muy caros, pero insensibles, fríos e indiferentes.

—Es para que no te aburras solito —le dijeron.

Pero desde ese momento ya no pudo participar en aquellas aventuras recorriendo el mundo, ni volar en naves espaciales para conocer las estrellas, ni penetrar en las selvas en busca de un tesoro.

Por fortuna, la relación tan llena de afecto entre los hermanos casi no se alteró.

4 A la escuela

PERO hubo otro cambio, y más importante aun en la vida de Rodrigo.

Un domingo el abuelo llegó más temprano que de costumbre y con un aire muy misterioso. Rodrigo pudo oír cómo se encerraba en la cocina con sus padres a conversar.

De repente se oía el vozarrón de su padre, después la voz un tanto enojada del abuelo y finalmente la cantarina voz de su mamá, seguramente, intentando calmarlos.

Finalmente, al parecer su padre no continuó rebatiendo al abuelo y terminó por acceder a lo que este y Juani pedían.

¿Sobre qué habían discutido?

Aunque Rodri nunca llegó a saberlo, esa misma semana su vida cambió: lo llevaron a una escuela.

Delante de la casa donde esta funcionaba había un letrero:

«CENTRO DE REHABILITACIÓN»

El nombre de la escuela era «Manantial».

Claro que el primer día que lo llevaron a la escuela él, de veras, se asustó. Había tanta gente grande y tantos niños que no había visto nunca. Las ganas que tenía por venir, la confianza que había estado acumulando para enfrentar ese día, de pronto ¡puf!, se esfumaron como una mariposa llevándose todos sus colores, incluso los de su cara, porque se puso muy pálido y le dieron ganas de llorar.

Pero entonces alguien lo salvó:

—¿Tú eres nuevo aquí? —oyó que le preguntaba una vocecita a su lado.

Él miró. Había una niña pecosa con par de trenzas colgándole a ambos lados de la cara y unos ojos enormes, muy abiertos, que lo miraban.

—Yo me llamo Elisita, ¿y tú?

Le respondió y siguieron conversando hasta que entró una señorita a la sala:

—Soy la tía Silvia —les dijo— y hoy nos vamos a dedicar a conversar.

Rodrigo se sintió muy seguro.

—Si eso es lo que he estado haciendo —se dijo. Estaba contento de haber venido. Por lo visto, era más fácil y más entretenido de lo que había supuesto.

La única parte aburrida fue cuando un señor con barba y bien serio, que se llamaba Director —nombre que él encontró hartito raro— vino a hablarles. Dijo un montón de cosas, pero él se acordaba solo de una. Algo como: será una antorcha que nos guíe... Y se acordaba porque Gonzalo, interrumpiéndolo, había gritado:

—Yo sé lo que es una antorcha. Es el premio Nobel que se les entrega a los artistas en Viña.
Y hasta ese señor Director se rió.

5 Otro pasito más

RODRIGO no dormía cuando su hermano y su padre salieron a trotar. Hacía rato que se había despertado. Mucho antes que Nancho incluso. Sin embargo, sabiendo que este se moría de ganas de ir con su padre, había preferido quedarse en su cama en silencio e inmóvil. De todas maneras eso no le costaba nada. Se había acostumbrado a permanecer horas sin hacer casi ningún movimiento. Sabía que si hacía cualquier cosa que dejara ver que estaba despierto, Nancho dudaría entre salir o quedarse con él.

Permaneció acostado de espaldas, con los ojos abiertos observando el techo —lo único que podía mirar sin tener que levantarse ni doblar la cabeza— hasta que oyó los pasos dirigiéndose hacia la puerta de salida; el chirrido de esta al abrirse y, por fin, el portazo con que su padre acostumbraba cerrarla.

Recién entonces decidió levantarse. Apoyándose en los codos, se alzó hasta que pudo ver las muletas. Giró muy lentamente su cuerpo poniéndose de lado y estirando su brazo, logró alcanzar una de ellas afirmándola en el respaldo de la cama. Ahí la podría tomar con facilidad.

—¡Bien, Rodrigo! —se dio ánimos—; ahora la otra muleta.

Y comenzó todo de nuevo. Se volvió a apoyar de costado e inclinando esta vez el cuerpo ligeramente, agarró la otra colocándola junto a la primera.

Suspiró satisfecho y aliviado. No tendría que hacer sonar la famosa campanita para que vinieran a socorrerlo.

Dos años atrás, cuando aun no iba a su escuela, ni siquiera hubiera intentado hacer lo que ahora, pero en esos dos años, ¡cómo había progresado!

—¡Bien! —se dijo. Le gustaba y se había acostumbrado a conversar consigo mismo, hacerse preguntas y responderlas.

—¿Cuántas cosas has aprendido? Te puedes parar sin que tengan que sujetarte y te puedes sentar sin caerte de la silla. Has avanzado mucho. Ahora, lo que tienes que lograr es caminar solo.

Todos decían que era muy inteligente, más que la generalidad de los niños de su edad. ¡Si hasta su papá lo había notado! Pero esto —por lo menos eso era lo que Rodrigo sentía— los había distanciado más aun.

Él mismo se sabía inteligente, pero... ¿qué importancia podía tener serlo, si había cosas que nunca podría hacer? Jugar al fútbol, como su padre o Nancho. Era cierto que había hecho algunos progresos gracias a los agotadores ejercicios que tenía que realizar. Día tras día debía levantar su

cuerpo inerte, muchas veces, apoyándose con manos, codos, brazos, como y donde mejor pudiera.

La verdad, pensó, es que podría estar horas y horas quejándome, pero ahora tengo algo más importante que hacer.

—Así es que... basta de disculpas y lamentos, jovencito —se dijo, imitando la forma como el kinesiólogo se dirigía a él, mientras intentaba, aun de costado, apoyarse en una de las muletas—. Otro intento y ¡listo!

Finalmente consiguió levantarse lo suficiente para colocar una, bajo su axila y, afirmándose en ella, alcanzó y se apoyó en la otra hasta sentarse en la cama.

Aunque sus piernas no eran capaces de resistir el peso del cuerpo, había logrado que hicieran pequeños, casi imperceptibles movimientos, los que le permitían, efectuando ingentes esfuerzos, desplazarse lentamente apoyado en sus muletas. Conservaba el equilibrio gracias a que estas —diseñadas por un técnico de la escuela— terminaban en un par de patas bastante separadas. Por el momento su meta era llegar hasta el escritorio y la silla en la que lo sentaban para hacer las tareas.

—¿Cómo vamos? —se preguntó.

—Bien, muy bien —se respondió feliz.

El avance, para cualquier otro niño, hubiera sido desesperadamente lento, pero eso no le importó. Se daba cuenta de que lo hacía un poquito mejor que el día anterior.

Cada vez sus progresos eran más rápidos. Sabía que nunca caminaría sin ayuda de muletas; pero también sabía que lograría no solo circular por el primer piso y el patio, sino también que llegaría a subir por sí mismo la escalera y, cuando lo hiciera, podría volver a compartir el dormitorio con el Nancho.

¡Sin embargo, esta vez, no pudo hacerlo!

Como a mitad de camino tropezó con su bolsón que alguien, la noche anterior, había dejado tirado en el suelo.

—Oye, ¿qué hago contigo?

Estaba lleno de libros. Intentó empujarlo con una muleta, pero el impulso lo hizo trastabillar, perdió el equilibrio y se derrumbó, junto con sus esperanzas, quedando inerte sobre el piso.

No sintió el golpe. Más le dolió su frustración. Esperó un rato largo y recién cuando se sintió más tranquilo llamó:

—¡Mamá, mamá, ven a ayudarme!

6 De visita

FUE un sábado al almuerzo. Estaba sentado a la mesa con sus papás. A Rodrigo, como siempre, la mamá le había servido en la cocina y dormía la siesta.

Solo al llegar el postre, recobrando la locuacidad, el papá anunció:

—Hoy en la tarde iremos de visita.

—¡Chitas! Es que... —intentó reclamar Nancho, pero su papá continuó como si nadie hubiera dicho nada.

—Iremos a visitar a un amigo. Se llama Nino. Vive aquí cerquita. Lo acaban de nombrar administrador del cerro San Cristóbal, ¿cómo se llama ahora?... ¡Ah, ya! Parque Metropolitano —y siguió hablando sin darle a Nancho la menor oportunidad de protestar.

Siempre le pasaba lo mismo con el papá: casi nunca lo escuchaba, por eso ni siquiera intentó discutir. Se vio a sí mismo sentado en la casa de ese señor Nino, sin poder hablar ni moverse, obligado a oír la aburrida conversación de los grandes. ¡Qué mala pata!, pensó, justo cuando íbamos a ir al cerro con las lolas. ¡Me voy a perder el paseo! Claro que

Tomás era el más entusiasmado porque a la Claudia le habían dado permiso para ir. ¿Qué le encontraría a eso de pololear y pasear tomadito de la mano, si era mucho más rico andar en grupo?

—¿Y el Rodri también va a ir? —preguntó.

Su madre se apresuró a contestar.

—No, no. Tú sabes que a tu papá no le gusta que salga con..., con nosotros... —pero comprendiendo la dureza de esa afirmación, intentó suavizarla con una disculpa—. Tu papá cree que el niño se cansa mucho con estas salidas y que no le hace bien.

—¿Y qué va a pasar con él? —insistió—. Yo me puedo quedar para acompañarlo...

—El abuelo se viene a quedar. Ya sabes lo bien que lo pasan juntos.

¡Chitas! Tampoco podría librarse de esa visita quedándose con Rodrigo, lo que de todos modos le resultaba harto agradable. Al levantarse el papá de la mesa, aprovechó para preguntarle a su mamá:

—Mami, pero, ¿me puedo quedar un ratito corto no más?

Ella lo miró y le preguntó:

—¿No tienes ganas de ir, verdad?

—No, yo quería ir al cerro.

Sabía que su madre trataba de comprenderlo, por eso le contaba todo.

—Sí, supongo que debe ser más rico estar con tus amigos, pero sabes que a nosotros nos gusta salir a pasear con uste..., contigo... ¿Qué te parece si

hacemos lo siguiente?, te quedas un rato y cuando yo te dé permiso, te vas ¿ya?

Eso era lo malo con la mamá, ¡siempre terminaba convenciéndolo!

—¡Mm! —aceptó a regañadientes, aunque bastante más aliviado—. ¡Pero que no sea mucho rato!

Sin embargo, las cosas no sucedieron así. Como a la hora de haber llegado, su madre, al no verlo, lo llamó.

—Nancho, ¿no tenías que hacer?, si quieres ya puedes irte—. Pero, para su sorpresa, escuchó la voz de su hijo con un muy sospechoso tono de inocencia.

—¡Yo!... ¿Algo que hacer?... Nooo...

A veces no lo entiendo, pensó ella. ¿Qué lo habrá hecho cambiar de opinión? No obstante, al volver la cabeza, comprendió: ¡Emilia!

7 Enojado con Dios

PARA alegría de Rodrigo, el abuelo llegó temprano esa tarde. El niño apagó la tele e hizo a un lado un mecano para que este pudiera acomodarse en la cama cerquita de él.

Ni bien se hubo sentado, así de sopetón y porrazo, le planteó el problema que tenía.

—Quiero decirte algo, abuelo. Estoy enojado con Dios.

El abuelo lo miró extrañado.

—¿Que tú estás enojado con Dios? —le preguntó—. ¿Y se puede saber por qué?

—Mira, abuelo. Lo que pasó es que el otro día yo estaba muy aburrido y me sentía muy triste.

—¡Vamos, vamos, Rodri! Tienes tantas cosas entretenidas que hacer.

—Es que no siempre me dan ganas de hacer cosas, a veces me dan ganas de pensar.

El abuelo observó con un poco de admiración a su nieto. Le encantaba conversar con él pues, aunque recién había cumplido los nueve años, tenía la inteligencia de un muchacho de quince.

—¿Y qué es lo que pensaste, Rodri?

—Mira, yo estaba solo. El Nancho se había

ido al colegio, mi papá había salido y la mamá estaba muy ocupada en la cocina.

—Podías haber mirado televisión...

—Me aburre tanto, son puras cosas para niños chicos. Así es que me puse a pensar en Dios, como la abuela me dijo que hiciera.

—Eso me parece muy bien.

—La verdad, abuelo, es que no me puse a pensar en Él, sino que le hice una pregunta.

—¿Qué le preguntaste?

—Mira Dios, le dije, si yo me porto bien y trato de no molestar a nadie, ¿por qué no puedo ser igual que los demás niños, igual que el Nancho?

—¡Vamos, hombre!, tú eres igual que todos los niños, igual que tu hermano, que tus primos...

—No, abuelo, tú lo sabes y Dios también. Yo no me puedo levantar, ni correr, ni salir a jugar con amigos a la calle como el Nancho...

El abuelo no insistió. Ya era bastante doloroso ver a su nieto inmovilizado. No tenía sentido, además, hablar de ello. Sin embargo, sentía curiosidad por lo que el niño le decía.

—Sí, lo sé, pero, enojarte con Dios...

—No, no estoy enojado por eso.

El abuelo se fijó en sus ojos.

—Lo que pasó —explicó Rodrigo— es que Dios no me contestó nada, y fue por eso que me enojé. Pero notando la inquietud de su abuelo, lo consoló:

—No te preocupes. Ya se me pasó el enojo.

—¿Ya?... ¿Por qué? ¿Te contestó algo?

—Claro.

Ahora sí, el abuelo se preocupó. La imaginación de su nieto, al parecer, era demasiado grande.

—¿Dios te habló?

—¡Ay, abuelo!... Claro que no, pues. Mira, lo que pasa es que le conté a mi tía lo que me pasaba.

—¿Y qué fue lo que te dijo?

—Me dijo: tú sabes que Dios no habla directamente con cada niño que le hace una pregunta, sino que manda una persona para que lo haga por él.

—¡Ah, eso no lo sabía! —sonrió.

—Sí. Y fijate que como a la semana desde que yo me había enojado, estaba asomado a la ventana cuando, de repente, pasó un cura.

—¿Un cura? —repitió curioso el abuelo.

—Sí, era un obispo. Y entonces él pasó por aquí, yo le pregunté por...

—Espera, espera... Un poco más y me vas a decir que fue el Papa el que pasó por acá.

El muchachito lo miró con cara de reproche, no obstante continuó su historia:

—Entonces yo le pregunté lo mismo y él me contestó. Me dijo: Dios se preocupa por ti, jovencito, y ¿sabes lo que quiere que hagas?, quiere que tengas fe, mucha fe.

—Eso te dijo...

—Sí, entonces, como me había mandado al obispo para que me contestara por Él, yo me desenojé con Dios, porque ya me había contestado.

Pero ahora estoy muy enojado conmigo, ¿quieres saber por qué?

El abuelo afirmó con un movimiento de cabeza, incitando al niño a continuar.

Rodrigo bajó la voz hasta ser casi un susurro:

—Porque no estoy muy seguro de lo que quiere decir tener fe. Y de puro tonto no se lo pregunté. ¿Tú lo sabes? —preguntó casi confidencialmente.

—Tener fe —explicó el abuelo— es tener confianza en que si tú quieres mucho, mucho que algo resulte como tú lo deseas, al final... ¿te resulta!

—¿Así no más? —se extrañó el niño.

El abuelo comprendió que algo había faltado en la definición.

—Bueno, no así no más —se corrigió—. Uno tiene que poner todo lo que pueda de su parte...

8 Mucho sobre qué meditar

AQUELLA misma noche el abuelo conversó con su hijo Álvaro. Lo que Rodrigo le había contado le había perturbado sobremanera.

—Creo que deberías meditar al respecto, pues pienso que su historia tiene un significado tan profundo que ni yo logro descubrir. Porque puedo afirmar sin exagerar —concluyó— que tu hijo Rodrigo es el más inteligente de mis once nietos. Y que conste que los encuentro a todos muy capaces.

Álvaro, que había escuchado a su padre sin hacer ningún comentario, quedó bastante impresionado, más aun desconcertado, tanto por la historia como por aquella tajante información.

El azar hizo que a la mañana siguiente, casi al salir de su casa, se encontrara frente a frente con Pablo, un antiguo compañero de curso. Hacía años que no se veían, prácticamente desde que habían salido del colegio. Después de un largo abrazo vinieron las preguntas.

—¿Pablo, tú, de cura? —preguntó incrédulo ante la afirmación de su amigo.

—Así es, aunque te parezca extraño. Luego de darme vueltas y vueltas por más de un año, entré

a estudiar al seminario. Y aquí estoy... ¿Y tú, sigues con el deporte? ¿Qué ha sido de tu vida?

Álvaro le contó que él se había dedicado al fútbol, que se había casado y que tenía dos hijos y también le contó, cosa extraña en él, que todos esos años había intentado evitar el tema, que uno de ellos no podía caminar pues sufría de..., le costó pronunciar la palabra, parálisis.

Entonces se le ocurrió que este sacerdote, su antiguo compañero, podría ayudarlo:

—¿Estás muy apurado? —le preguntó.

—No, no, ¿por qué?

—Bueno. Tú eres cura. Quizás me puedas decir qué significa algo que Rodrigo le contó a su abuelo...

Caminaron hasta un restaurante de la calle Pío Nono donde, tras pedir ambos un café, Álvaro le relató a su amigo que su hijo se había enojado con Dios.

Pablo escuchó con atención y cuando Álvaro hubo finalizado, permaneció por un largo rato en silencio.

—¿Tú sacas alguna conclusión de esa historia? —preguntó Pablo.

—No, la verdad es que no sé qué pensar. Lo único que creo, es que no es algo... ¿Cómo decirte?... Algo...

—¿Piensas que no es bueno sentirse así?

—Así es. Creo que el Rodri debe haberse sentido muy mal, muy triste.

—Muy abandonado —precisó Pablo.

—¿Abandonado por Dios?

—Es que yo pienso que no era con Dios con quien estaba enojado. Era con alguien cercano a él. Alguien que se niega a hablar con él... Alguien a quien tu hijo culpa, no por ser parálítico, sino por no aceptarlo tal como es. Lo curioso —prosiguió— es que él confía en ese alguien, quiere tener fe en él... Seguramente lo quiere mucho a pesar de todo.

Ahora Álvaro permaneció en silencio. Luego, mirando a su amigo directamente a los ojos reconoció:

—Entonces es conmigo con quien debe estar enojado. Siente que yo lo he abandonado. ¡Y a pesar de eso me quiere! Lo curioso... —continuó, pero no terminó la frase.

Pablo se limitó a mirarlo como esperando que su amigo siguiera hablando pero al parecer este se encontraba demasiado afectado por lo que acababa de descubrir.

Acostumbrado a escuchar, el sacerdote comprendió que no debía insistir.

9 Emilia

NANCHO disfrutaba de aquellas tardes tranquilas, escuchando chacharear a sus amigos. Él hablaba poco, tan poco que una vez alguien le había preguntado:

—¿Oye, tú eres callado o es que no tienes nada que decir?

Pero en la visita realizada con sus papás a la casa de don Nino, sintió que con Emilia había sido diferente. Estuvieron conversando toda la tarde. ¿O ella habló y él se limitó a escuchar? No, estaba seguro de haber hablado también, mucho, y sobre diferentes temas.

Al día siguiente, salió a la piazuela. Tomás ya se encontraba allí:

—La Claudia invitó a una prima —le anunció, antes de que él dijera nada—, tienes que venir a conocerla.

—Es que, no sé si pueda... —le respondió, aunque titubeando, y entonces, en un arranque de vanidad confesó —: es que estoy pololeando —pero como no estaba muy seguro, ¿sentiría ella lo mismo que yo?, agregó—, bueno, pololeando pololeando quizás no, pero casi...

Su amigo lo miró sorprendido:

—¡Chitas y no me habías dicho nada! ¿Y con quién?

—Se llama Emilia —dijo hablando bajo para que sonara más interesante—, no la conoces, pero me tienes que ayudar.

Tomás, aun asombrado, sólo atinó a repetir:

—...que ayudar...

—Mira —continuó—, vive como a unas ocho cuadras, justo a los pies del San Cristóbal. Su papá es algo así como el gerente del cerro.

Tomás, ahora, comprendió.

—Lo que tú quieres es ir a verla, pero sabes que tu mamá no te va a dar permiso y lo que quieres es que yo...

—Bueno, algo por el estilo, por eso le dije que iba a estar en tu casa.

—¿Y si se entera?, nos llega...

—¡No, oh!, mi mamá...

Pero no pudo terminar la frase porque la hermana menor de Claudia los interrumpió.

—¡Ya están secreteándose, ah!

La conversación perdió de inmediato ese atrayente aire de complicidad. Se acercaron al grupo. De nuevo hablaban de la Navidad.

—Hay que cortarla con eso de los regalos —proponía Pedro—, lo único que se consigue es que...

Se alejó, le daba lata cada vez que Pedro se ponía a «dictar cátedra», como decía el Gordo. Prefería pensar en ella... ¡Chitas que le gustaba la

Emilia! Nunca, nunca volvería a estar «tan» enamorado como ahora, ni siquiera cuando fuera un viejo de veinticinco años...

Su madre, al verlo peinándose, le preguntó si iba a alguna parte.

—A donde el Tomás —respondió, tratando de poner su mejor cara de total ingenuidad.

Pero al parecer, ese gesto demasiado expresivo y, sobre todo, el hecho de estarse peinando, además del exagerado olor a colonia que emanaba de su hijo, hizo que ella dudara.

—¿A ver Nanchiito?... —lo interpelló cariñosamente—. ¿Seguro que no tienes nada más que decirme?

Se rindió. Tarde o temprano su madre averiguaría la verdad. Mejor contársela de inmediato.

—Quiero ir a ver a una niña —dijo, y se preparó para lo peor, que le dijeran que no.

—¿Y no quieres decirme de quién se trata? Te lo pregunto solo porque si sé donde vas a estar, no tengo de qué preocuparme.

Enrojeció. Sin embargo, haciendo un esfuerzo miró de frente a su madre. Al ver su sonrisa amistosa, sonrió también, sintiéndose apoyado:

—A Emilia.

COLEGIO SANTA TERESITA
BIBLIOTECA
COLEMU

10 ¡Bandidos!

SALIERON a caminar por la ladera del cerro. Él iba en silencio. Parecía como si se le hubiesen olvidado todos los temas de conversación. ¿De qué podía hablar?

Por fortuna ella salvó la embarazosa situación: —Estuve toda la mañana ayudando a mi papá con un arbolito de Navidad —le contó.

Nancho, miembro del grupo de ecología de su curso, reaccionó en forma demasiado brusca. —¡Pero no pueden cortar árboles, ni siquiera para la Navidad! —afirmó, casi retándola.

—No te preocupes —aclaró ella sin darse por enterada—. Mi papá jamás cortaría un árbol. ¡Imagínate, el encargado del parque cortando árboles! No, sacamos un pinito para llevarlo a la casa. Después lo volveremos a plantar.

Sintió alivio al ver que Emilia no se había molestado, pero cuando se disponía a responder, los vio...

—¡Mira! —señaló—, están cortando un pino. Eran dos hombres. Uno, calvo, corpulento y con una larga cicatriz que le confería un aspecto siniestro en la cara, intentaba derribar un pequeño

pino utilizando un enorme hacha. El otro, bastante más bajo, con un gran bigote y una cara como de tonto sin remedio, parecía vigilar.

Instintivamente los niños se agazaparon tras unas matas para no ser vistos.

—¡Ya pu', Lucho! ¿Qué estái haciendo?—le preguntó enojado el grandote, que parecía ser el jefe, al ver que su secuaz tenía la vista fija en la copa de un árbol y una piedra en la mano.

—Es que Rudi... ¡Buag! ¡Me cargan los pájaros!

—¡Córtala oh!, dedícate a aguaitar más mejor, no vi que andan ñatos en bicicleta y nos pueden pillar.

—¡Buag! ¡Me cargan los ciclistas!—protestó de nuevo el bigotudo, pero obedeció a Rudi, su jefe.

Emilia y Nancho seguían ocultos.

—No los conozco —dijo ella en voz baja—, pero no parece que trabajaran acá.

Su imaginación comenzó a volar. Se vio a sí mismo levantándose, ir hacia aquellos hombres para enfrentarlos, pelear con ellos, vencerlos y hacerlos huir. ¡Era todo un héroe! Pero entonces miró de nuevo la perversa cara del jefe y eso lo hizo volver a la realidad. Optó por la prudencia.

—Vamos —dijo—, debemos decírselo a tu papá.

Y como Emilia estuviera de acuerdo se dirigieron rápidamente a las oficinas.

El padre de Emilia, don Nino, al enterarse, se dirigió de inmediato al lugar, acompañado por algunos de los cuidadores y jardineros del cerro.

Al ver que se aproximaba gente, los bandidos se apresuraron a huir abandonando el hacha y además un paquete más bien pequeño.

—No creo que vuelvan —dijo don Nino—. Voy a guardar esto en la oficina, más tarde veré de qué se trata.

Nancho estaba contento. Eran pocas las personas que podían vanagloriarse de haber espantado a un par de ladrones. Gozaba imaginando la cara de sus amigos cuando se los contara. Se sentía bastante héroe. Y lo mejor era que Emilia había sido su heroína. Habían compartido una aventura y él comprendía que eso los había acercado... O por lo menos, pensó, creo que será más fácil decirle lo que le tengo que decir.

Su alegría aumentó aun más cuando ella le sugirió que volvieran a pasear.

—Vamos —le dijo—, vamos, ahora sí, a caminar. Hay algo importante que quiero decirte. Sintió que su corazón volaba. La ladera del cerro bajo sus pies se transformó en una nubecilla rosa. Flotaba. Pero, dudó: ¿no sería mejor que él le dijera primero que la amaba intensamente? No, ¿cómo no iba a ser mucho mejor que ella se le declarara? De nuevo se imaginó entre sus amigos contándoles aquello.

Sin embargo, de inmediato se arrepintió

¿Cómo podría ser tan..., tan bruto? Contarle esas cosas íntimas a sus amigos. Por mucho que lo fueran, él no podía presumir con algo tan personal, tan delicado. Él tenía que respetar a Emilia. Ninguna mujer, pensó, haría una cosa parecida. No, según el Gordo, las mujeres no se declaraban... Pero, lo invadió una feroz duda, si no lo hacen, ¿qué es lo que Emilia tendrá que decirme?

La miró. ¿Por qué estará tan seria? Si yo me fuera a declarar, seguramente estaría sonriendo... Y entonces lo asaltó la más horrenda de las sospechas: ¿quizás lo que tenga que decirme no sea algo tan bueno? En ese caso lo mejor sería que, mientras ella no le dijera lo que le tenía que decir, él hablara acerca de cualquier otra cosa sin importancia.

—¡Chitas! ¿Y qué le digo? —se preguntó. Justo ahora que tenía cosas tan importantes que decirle—, seguía andando en silencio. Debe pensar que soy un poquito tonto...

Caminando, habían llegado hasta un bosquecillo de pinos. Por entre el ramaje, Santiago apenas se vislumbraba envuelto en su ya eterna nube gris.

Nancho se dio cuenta de que hacía calor. Por lo menos, él tenía calor. Por fortuna Emilia le pidió que se sentaran junto a una de las rústicas mesas que la gente usaba los días festivos para hacer picnic. Ahora, solo ellos ocupaban el lugar aprovechando su frescura.

Hubo un silencio largo interrumpido únicamente por el trino de algunos pájaros invisibles, un lastimero ladrido y el casi indefinible y lejano susurro de la ciudad en plena actividad.

Por supuesto que, como en esas películas cómicas, ambos empezaron a decir algo al mismo tiempo, por lo que la frase que él intentó decir:

—Mira, yo sé que tú...

Y la que ella comenzó:

—Creo que las cosas...

Se oyeron como:

—Mira, yo creo que sé que las cosas...

Y aunque quizás ninguno de los dos la escuchó así, la confusión produjo en ellos una sonora y espontánea carcajada que sirvió para eliminar la creciente tensión.

—Dime tú.

—No, tú primero...

—No, no. Querías decirme algo —insistió él en forma perentoria, experimentando un cosquilleo nervioso que le subía y bajaba por la espalda, produciéndole una sensación de laxitud en las piernas.

Menos mal que estamos sentados. Si no, capaz que me caiga, pensó mientras aguardaba, aun esperanzado, a que ella comenzara a hablar.

—¡Nancho! Tú eres muy simpático, pero...

Apenas si oyó lo que ella continuó diciendo después de la palabra pero... Como si la voz surgiera acompañada por el estrépito de árboles que parecían desplomarse por docenas a su alrededor.

—...y yo sé que te gusto...

O confundida con el rugido del cerro que se desmoronaba.

—...me gustaría que fuéramos amigos...

Y por el fragor de la ciudad que allá abajo, muy abajo se esfumaba.

—...es que, ¿sabes?, hay otra persona que yo...

Y eso fue lo último que oyó, pues el estallido del mundo lo ensordeció absolutamente. Sintió ganas de llorar, de correr huyendo apresurado, percibió su rabia entrelazada con una pegajosa sensación de insignificancia. Logrando, a duras penas, sobreponerse, solo atinó a repetir:

—Claro, amigos... —y se levantó de un salto.

Miró la mesa. Emilia no se había movido. Los codos apoyados sobre las tablas, la cabeza un poco agachada. Lo invadió una fugaz alucinación: se vio a sí mismo como si su cuerpo se hubiera desdoblado en dos, uno de ellos mirando desde muy arriba al otro, aun sentado en ese banco de madera, absurdamente inclinado, tratando de escuchar lo que ella todavía no empezaba a decir y deseando que sus manos se rozaran.

El rubor cubrió sus mejillas y sintiéndose ridículo deseó estar lejos, lejos. Lo único que quería era irse lo más lejos posible.

En ese momento, ella se levantó e inició en silencio el trayecto de vuelta hacia las oficinas. Caminaba triste, había sido un momento muy ingra-

to, y eso le dolía. Lo miró tratando de que él no lo notara. Era un muchacho apuesto, simpático, pero...

—¡Qué pena! —suspiró, pero tan bajito que Nancho no alcanzó a oírla.

—Tengo que quedarme un rato con mi papá —se disculpó Emilia no muy segura de convencerlo con su pequeña mentira.

—¿Sí? Sí, está bien, porque mi mamá me dijo que llegara temprano —arguyó él, esperando que su embuste no fuera creído. ¡Capaz que piense que todavía soy un niño chico!

Se separaron sin despedirse. A Emilia le hubiera agradado invitarlo para que fuera a su casa a conversar, a escuchar música..., pero supuso que él no iba a aceptar, así que prefirió callar.

Nancho, por su parte, estuvo a un tris de preguntarle cuándo podrían volverse a ver, pero su orgullo pudo más. No me interesa verla nunca más, se dijo, y permaneció mudo. El resto del camino transcurrió como en medio de una nebulosa.

Al llegar a la calle Asunción apresuró el paso. Dobló hacia el pasaje y se dirigió hacia los acacios que, cual dos celosos gigantes, lo custodiaban. Allí se sentó. Estaba solo y bastante más tranquilo. Durante un buen rato dejó que su mente divagara lejos de todo lo que recién había acaecido.

Oyó gritar a su hermano. Oyó todos los ruidos conocidos que llegaban desde su casa y desde todas las casas del vecindario. Se levantó decidido a entrar.

—¡Qué lesera no haberle aceptado la invitación al Tomás!

Tres ideas cruzaron al mismo tiempo por su cabeza: la primera fue que si hubiese salido con Tomás, Claudia y su prima, Emilia hubiera dispuesto de más tiempo para pensarlo mejor... y no hubiera pasado nada de lo que había sucedido y, tal vez aun... Quizás, dedujo, me apuré demasiado.

El segundo pensamiento fue menos reflexivo: ¿qué tal sería la famosa primita de Claudia?

Y la tercera, rápidamente rechazada, fue preguntarse si, apurándose, aun podría alcanzar a Tomás y a las chiquillas.

—No —se respondió—, no puedo ser tan fresco.

Pero de todas maneras, entró a la casa para ver la hora.

11 Colegio y aventuras

—¡NANCHO! ¿Eres tú? —oyó.

—Sí, mamá, ya llegué.

—¿Naaanchooo?... Ven a contarme cómo te fue —oyó gritar a su hermano.

Entrando a su dormitorio se sentó en la cama.

—¡No me vas a creer lo que nos pasó! —le dijo.

Rodrigo sonrió feliz. El Nancho estaría con él durante un buen rato.

—¿Síiii...?

—Resulta que cuando íbamos de lo mejor caminando, de repente... apareció un montón de bandidos, entonces yo me enfrenté a ellos y les...

Los ojos del Rodri se abrían asombrados, aunque sabía que su hermano era hartamente exagerado y que, de lo que estaba contando, seguramente menos de la mitad era cierto. Pero, ¿qué importaba si lo rico era estar con él?

Por otra parte, también Nancho sabía que su hermano sabía, que él lo aumentaba todo.

Esa era toda la gracia del juego.

—Bueno, pero cómo te fue a ti en la escuela —le preguntó luego de contarle sus aventuras,

aunque no sus desventuras. Rodrigo era demasiado chico como para entenderlas...

—¿Sabes?, fue un día maravilloso.

—¿Te cansaste mucho con tus ejercicios?

—Sí, claro, son bien latosos, pero... —y levantó los hombros en un gesto de resignación— pero pasaron un montón de cosas divertidas. ¿Quieres que te las cuente?

Aquella era una pregunta superflua. Por supuesto que Nancho le diría que sí, y por supuesto que él de todos modos se las relataría. Pero Rodrigo se entusiasmó:

—Resulta que Enrique se estaba balanceando en una silla y llegó la tía Beatriz.

—¿Enrique ese amigo tuyo que yo conozco?

—Claro... Bueno, entonces llegó la tía Beatriz y lo retó. ¡Deja de balancearte en «esa» silla!, le dijo. Y, ¿sabes qué? El Enrique no le contestó. Muy despacito se levantó de «esa» silla, se sentó en otra y siguió balanceándose. Todos nos largamos a reír, ¡hasta la tía Beatriz casi se muere de la risa! —concluyó con una carcajada.

A Nancho aquello también le causó risa.

Sin dejar de reír, Rodrigo prosiguió con sus relatos:

—Tú no conoces a la Isabelita. Es nueva y tiene la cara llena de pecas y unas trenzas más grandes que ella —hizo una pausa y se quedó pensando—. ¡Pobre! A la Isa, así le decimos todos, le cuesta hablar. Resulta que hoy estaba aprendiendo

a pronunciar la ere y la tía le tenía que apretar las mejillas para que pudiera pronunciarla.

Rodrigo ya había comenzado a reír antes de terminar su historia.

—Cuando llegó la hora de almuerzo, uno de los niños le preguntó.

—¿Qué trajiste para comer?

La Isa entonces, antes de contestarle, se acercó a la tía y le pidió:

—Po favo tía, apétame los cachetes.

—¿Cómo? —preguntó Nancho—. No te entiendo.

—Es que así habla la Isa —le explicó Rodrigo y continuó con su historia—. Entonces la tía le tomó la cara entre sus manos y la Isa pudo contestar:

—Puré.

Ambos volvieron a reír y, entre una anécdota del colegio y una aventura de vacaciones, estuvieron conversando un largo rato.

—Mira, Nancho, quiero mostrarte algo —le dijo Rodrigo a su hermano—. Me voy a levantar.

Nancho lo ayudó sin que él insistiera en hacerlo solo como siempre lo hacía. ¿Qué sería aquello tan importante que Rodri le quería mostrar?

El niño se levantó apoyado en sus muletas y, aunque se notaba el enorme esfuerzo que hacía, caminó hasta llegar a la escala, allí se detuvo y soltando la muleta que llevaba bajo el brazo derecho se aferró al pasamanos.

Intuyendo lo que su hermano menor trataba

de hacer, pero temeroso por una posible caída, Nancho le advirtió:

—¡No, Rodri, no! ¡Cuidado!

Pero el niño, haciendo caso omiso de la indicación levantó lenta, muy lenta y trabajosamente su pierna hasta alcanzar el primer peldaño. Luego, sujetándose en la muleta y en el pasamanos, elevó su cuerpo hasta lograr tener ambos pies allí.

Entonces miró triunfante y exclamó:

—¡Ves! Ya empecé a subir la escala.

—Rodri, ¡te felicito! —se alegró Nancho, casi sin dar crédito a lo que sus ojos estaban viendo—. ¿Ya se lo mostraste a la mamá?

—No, no le vayas a decir nada. Quiero que sea una sorpresa.

Nancho lo ayudó entonces a volver a la cama y justo cuando se estaba acostando entró la mamá, sin percatarse de nada, trayendo la bandeja con la comida de Rodrigo.

Los dos hermanos sonrieron con un aire de complicidad.

12 ¿Qué come una golondrina?

AL día siguiente, mientras Nancho vagabundeaba con sus amigos, a Rodrigo le sucedieron dos cosas, y muy importantes. La primera, fue la llegada del pajarito.

Estaba recostado en su cama mirando, casi sin ver, porque la televisión ya lo tenía aburrido, una película de monitos. ¡Siempre las mismas cosas! De pronto sintió un fuerte golpe en la ventana. Era un pájaro muy pequeño que había chocado contra el vidrio.

Abrió la ventana, tratando de no hacer ruido y lo más despacito que pudo —ahora ya podía hacerlo con menos dificultad— y apoyándose en el borde contempló al ave.

Ahí estaba el pobrecito, acurrucado, sin poder moverse. ¿Se había roto un ala? Alargó la mano con un movimiento lento... muy lento... No quería asustarlo porque el pájaro podría intentar defenderse y picotearlo, lo que no dejaba de darle un poco de miedo.

Pero este no hizo nada. Se quedó quieto, como si supiera que no iban a hacerle daño. O quizás, estaba demasiado asustado.

¡Y lo tomó!

Nunca había tenido un animal. Ni un perro, ni un gato, ni siquiera un hamster. Su mamá se había negado.

—No me gusta tener animales en la casa. Ya tengo suficiente que hacer como para estar preocupando de limpiar la mugre que echen — declaró terminantemente.

Y ahora tenía un animalito vivo entre sus manos. Sintió los rápidos latidos de su corazón.

—Ya, ya... —lo calmó acariciándole la cabeza.

Sintiéndose seguro, el ave movió sus patitas para acomodarse. Rodrigo experimentó la dureza de sus escamas y lo afilado de sus garras cuando los dedos del pájaro se aferraron a los suyos buscando amparo. Sin embargo, no le molestó, por el contrario, se conmovió profundamente y le dieron ganas de proteger a ese ser tan indefenso. Durante un buen rato siguió acariciándolo, hasta que los latidos fueron menos acelerados.

Pero entonces se le ocurrió que tenía que darle de comer. Aquí comenzaron los problemas: ¿qué darle y cómo? Decidió que lo mejor sería llamar a su mamá, claro que tenía que hacerlo sin asustar al pájaro que ahora reposaba tranquilo en el hueco de sus manos. Pero, cuando se disponía a hacerlo, ocurrió lo mejor que podía ocurrir; no solo su madre apareció en el vano de la puerta, sino que...

—Mira, Rodri. Mira quién viene a verte. La Paula.

El niño se desconcertó. Durante breves segundos no supo qué hacer, si mostrar su hallazgo o saludar antes a Paula de quien, desde hacía tiempo —como una semana— estaba tremendamente enamorado. No había dónde perderse: lo primero era lo primero.

—¡Vean lo que tengo! —exclamó extendiendo sus manos para que vieran su mascota.

—¡Rodri! ¿No vas a saludar a tu amiga?

La niña le sonrió haciendo que Rodrigo se ruborizara intensamente y que su corazón latiera agitado.

—¡Hola! —saludó con timidez. Pero las ganas de mostrar su hallazgo eran demasiado grandes. Así es que a renglón seguido repitió:

—¡Miren lo que tengo!

Ambas se acercaron. Recién en ese momento se le ocurrió al muchacho que su mamá podría oponerse a que se dejara el ave. Ya le había dicho una vez:

—No quiero animales en esta casa.

¡Y lo que más quería él en el mundo era poder quedarse con el pájaro herido!

La madre se aproximó para mirarlo más de cerca.

—¡Qué tierno! —susurró.

—¡Sí! ¡Y qué pequeñito es! ¿Dónde lo encontraste? —agregó Paula.

—En la ventana. Chocó con el vidrio. Yo creo que está herido —diagnosticó el niño.

—¿Y supongo que quieres dejártelo, verdad?
—le preguntó la mamá.

Él pensó, ahora viene, me va a decir que... Pero yo estoy dispuesto a defenderlo hasta las últimas consecuencias. Esa frase la había escuchado en la tele y le había gustado.

Después de un rato la mamá habló:

—Tendrás que cuidarlo, porque está herido.

—¿Entonces dejas que me quede con él?

—Un momento, Rodri. Ese pajarito no es de nadie ni va a ser de nadie. Si quieres puedes cuidarlo, pero cuando él quiera irse volando, no podrás retenerlo.

—Mamá, este pajarito ahora es como yo, no puede moverse. Yo me voy a mejorar porque tengo fe y porque hay muchas personas que me están cuidando. Lo que quiero es cuidarlo a él para hacer que tenga fe, para que se mejore y se pueda ir volando.

—¿Y sabrás hacerlo?

—Voy a hacer lo mismo que tú, darle hartito amor.

Su mamá se acercó y le dio un beso.

—Te quiero —le dijo.

El que su mamá lo besara como si fuera un niño chico delante de Paula le dio un poco de vergüenza.

—¡Ay, pero mamá...! —manoteó.

—Muy bien —afirmó muy seria la mamá—, si crees que te puedes hacer cargo de él, te doy permiso.

El muchacho comprendió que la responsabilidad sería grande. No estaba seguro de poder afrontarla solo y así lo reconoció.

—Yo te ayudaré —se ofreció Paula— y creo que tu mamá también, ¿te parece?

¿Qué más se le puede pedir a la vida? La verdad es que en ese momento, Rodri lo tenía todo. Sin embargo, había muchas cosas que hacer: saber si estaba herido, y dónde, qué clase de pájaro era, qué comía...

—¿Dónde tienes la enciclopedia? —preguntó su mamá—, ahí debe salir.

—Yo la alcanzo —se ofreció él.

Después de todo, el pajarillo iba a ser suyo. Tenía que demostrar que era capaz de cuidarlo. Se apoyó en la cama y se levantó hasta alcanzar la repisa con libros. Nunca antes lo había intentado, pero el aliciente era muy grande. Se aferró con ambas manos para buscar con la vista el tomo que necesitaban. Luego, reuniendo todas sus fuerzas, se sujetó a la repisa con una sola mano y con la otra tomó el libro. Hecho esto, se dejó caer, exhausto pero feliz.

—Aquí está, mamá —le dijo mientras ella lo miraba entre temerosa y con orgullo.

Paula, en tanto, observaba con detención la avecilla que Rodri le había «prestado».

—Estoy segura de que es una golondrina —opinó— por la forma de la cola: termina en dos puntitas, como una doble ve, y las alas son bien negras y el pecho blanco.

—Sí, sí —corroboró la mamá— definitivamente debe ser una golondrina.

Buscó en la enciclopedia y leyó:

—Golondrina. Ave... ¡Pero escuchen esto por favor! Se alimentan de insectos que cogen al vuelo con el pico muy abierto. ¡Huaf! ¡Insectos! —repitió estupefacta—. Yo pensé que comían alpiste...

Los tres se miraron: ¿Y ahora qué? Paula dio con la solución.

—El año pasado nos enseñaron en el colegio a hacer trampas para insectos. Se necesita un frasco de vidrio, un colador de género, una lámpara, un...

En fin, en una hora la trampa estuvo lista y funcionando. Mientras tanto le hicieron una cuna, le pusieron una escudilla con agua; otra, con cuatro moscas. Cuando un par de horas después Paula sacó de la trampa un montón de bichitos y se los llevó al pajarillo, por lo menos dos de las moscas ya no estaban. Nunca supieron si se las había comido o si habrían escapado.

Tres semanas más tarde la pequeña golondrina, curada casi por completo de su herida aprendería, de nuevo, a volar y volaría..., volaría lejos.

Rodri recordó sus conversaciones con Nancho. Uno de los temas preferidos de ambos era el volar, volar libres por el aire y el espacio. Volar por la vida hacia las metas que cada uno soñaba, tal como aquella golondrina que ahora volaría hacia..., hacia...

¿Hacia dónde volarán los pájaros?

13 Nuevas amistades

ALGUNOS días después, Nancho aceptó acompañar a Tomás. Aquello no hubiera tenido nada de malo. El error fue que se sentaron al aire libre en ese café del barrio Bellavista. O quizás todo fue un error.

Tomás iba con Claudia y él con la prima, que resultó ser una simpática morena, bajita y de ojos vivaces.

Al verla, supuso que tendría más o menos su misma edad, y como nadie tocó el tema no se preocupó mayormente de preguntárselo. Saliendo del cine, ella propuso ir hasta Pío Nono a un café con mesitas en la calle. Recién allí Nancho le preguntó en qué curso estaba.

—En primero medio, porque perdí un curso.

—¿En primero?... Pero... ¡No puede ser! Entonces, ¿cuántos años tienes?

—Voy a cumplir los quince. ¿Y tú?

El ¡gulp! que hizo, por su cuenta su garganta, afortunadamente no se oyó.

—Sí, bueno..., trece —susurró intentando mostrar que aquello carecía de importancia. ¿Pero después qué?

El asunto se agravó cuando Claudia, levantándose, anunció:

—Oye, Clarita, nosotros fuimos los que convidamos, pero fíjate que nos tenemos que ir. ¿No les importa, verdad?

Nancho no reaccionó a tiempo y cuando quiso decir algo, lo que también ocurrió con Clara, sus amigos, que habían dejado algún dinero sobre la mesa, ya habían desaparecido.

—Bueno... —aventuró ella indecisa.

—¿No quieres un sándwich? —carraspeó él.

—Sí, me comería uno, pero yo lo pago.

Él calculó mentalmente cuánto dinero le restaba de su mesada y en vista de que podría no alcanzarle, decidió sacrificar su orgullo, ¡total!, ella era mayor y comprendería.

—¡Está bien, nos vamos a la inglesa! Y yo también voy a comer uno —aceptó, siendo premiado con una amplia sonrisa.

Pero aquella agradable velada duró poco. Unos momentos después dos muchachas y cuatro jóvenes, sin siquiera preguntar, se sentaron junto a ellos, saludaron a Clarita muy efusivamente, ordenaron cervezas y se pusieron a chacotear.

¡Y entonces comenzó la tragedia!

Nancho, aun comprendiendo que ellos eran viejos amigos de Clarita, prefirió permanecer en silencio. Además, la intromisión lo había puesto muy nervioso y como siempre le sucedía en esos casos, comenzó a sentir un fuerte malestar.

Pero no a todos les pareció bien su silencio. Un grandote que trataba —en vano— de disimular su gordura con un blújean demasiado ancho, de pelo crespo e incipientes bigotillos, a quien le decían Rober, acercándose a Clarita, en un tono de voz como confidencial, pero lo suficientemente alto como para que Nancho lo escuchara, le preguntó:

—Oye, ¿tu amiguito es mudo o se hace el tontito?

—¡Ya, córtala con tus bromas pesadas! —respondió un tanto molesta Clara, aunque sin darle mayor importancia.

Pero Nancho se sintió perturbado. No era justo. Decidió demostrar que él era tan... tan grande como ellos. O, por lo menos, tan o más inteligente que ese tal Rober.

Su enojo hizo que, a pesar de su creciente malestar, intentara participar en la conversación, pero nadie le prestó atención. Estaban demasiado ocupados en beber y gritar. Entonces le dio más rabia y esto le provocó un nudo en la garganta y otro en su ya maltrecho estómago. Dirigiéndose a Clarita, logró que esta se desentendiera del resto para escucharlo, pero aquello duró solo unos fugaces momentos. Eran más divertidas las bromas y las estruendosas carcajadas.

Nunca supo la razón de aquellas risas, pero habría jurado que se burlaban de él. Se sintió definitivamente enfermo, lo único que quería era irse lo más pronto. Miró a Clara para despedirse, pero lo

que vio fue al tal Rober con un vaso de cerveza vacío, riéndose con la boca abierta.

Aquello lo colmó: su indisposición y el fuerte olor a cerveza que ya emanaba del grupo lo hicieron sentir náuseas...

Estaba tratando de levantarse para ir al baño cuando...

En el otro extremo del café, Emilia con sus padres tomaban asiento. Lo primero que hizo la muchacha fue dedicarse a observar a los parroquianos. Le gustaba mirar las caras y adivinar qué eran o qué hacían.

Le llamó la atención el grupo de gente riendo. Todos parecían alegres. Uno de ellos, que hasta el momento había estado fuera de su vista, echándose hacia atrás llamó a un mozo. Al reconocerlo, su sorpresa fue enorme.

—¡Rober! —susurró con voz casi imperceptible.

Pero no solo reconoció a Roberto, el joven que a ella le gustaba, sino que también lo escuchó. Y lo que oyó no fue de su agrado.

—Oye tú —pedía a grito pelado—, tráete otras cervécitas.

¿El Rober?, ¡no puede ser!, pensó, y yo que creía... Parece que hay muchas cosas que no sé de él y, por lo menos esta, no me gusta para nada.

La pregunta de su padre interrumpió sus pensamientos:

—¿Qué vas a tomar tú? Voy a ir a buscarlo.

—No, no —balbuceó confundida—. ¿No te importaría si vamos a otra parte, mejor?

—¿Irnos?... —se extrañó él ante tan insólito pedido.

Pero dada su insistencia, sus padres accedieron.

No obstante, antes de retirarse, Emilia se dirigió hacia la mesa de los jóvenes cuya baraúnda iba en aumento.

Para desgracia de Nancho, lo hizo justo en el momento en que este procuraba levantarse. Recién entonces Emilia lo reconoció, pero no alcanzó a decirle nada porque Rober, a su vez, la vio a ella.

—¿Emilia, tú? —farfulló mirándola con ojos incrédulos.

—¿No te da vergüenza? —lo increpó la niña indignada.

—Oye linda, yo no... —comenzó a explicar, pero al ver su indignación se turbó y solo atinó a exclamar:

—¡Cht! Pa' que me preocupo si no eri' más que una mosquita...

Aquello la ofendió profundamente.

—¿Sabes qué, Roberto? No quiero verte más. ¿Oíste? ¡Nunca más!

Nancho, que no había osado moverse al reconocer a Emilia, intentó saludarla pero como se sentía cada vez peor, se le enredó la lengua.

—Em'lia, com'te... —fue todo lo que logró chapucear.

Emilia, sin responderle, abandonó el lugar.

14 Nada de qué vanagloriarse

EL desafortunado encuentro colmó la medida. El estómago de Nancho comenzó a treparle por dentro intentando escapar.

Ayudado por Clarita se levantó como mejor pudo. Sin despedirse de nadie, pues no estaba ni en condiciones, ni de humor para hacerlo, salió a Pío Nono y partió hacia la casa. Tenía la cara de un color verde aguado, pálido y ojeroso, pero podía caminar.

Clarita lo alcanzó.

—Nancho. ¿Te sientes mal, no prefieres que te acompañe?

—N' m'voy s'lo.

—¿Vas a tu casa?

—S'.

—Pero, ¿no vives al lado del Tomás?

—S' al l'ado.

—Entonces, mejor te vas para el otro lado —le insinuó, haciéndolo dar media vuelta—, tu casa queda para allá.

Lo encaminó un trecho y repitió:

—Es para ese lado.

—Ya l' s' bía.

—¡Claro! ¿Seguro que no quieres que vaya contigo?

—S'gur' —afirmó él, y se fue jurando que jamás volvería a juntarse con viejos.

Estaba indignado consigo mismo. ¿Por qué había cometido tal estupidez? ¿Para decir que había estado con gente mayor? ¿Por qué no se había marchado ni bien llegaron aquellos grandotes? No obstante el reiterarse una y otra vez estas preguntas, no pudo encontrar una respuesta.

Se sentía espantosamente mal. Tenía ganas de dejarse caer y no seguir avanzando. Seguía teniendo náuseas.

A muy poco andar, tambaleando y apenas, tuvo la extraña sensación de que una de sus piernas se encogía y encogía... ¿Qué hacer? Seguir así hubiera significado una caída segura y además, llegar con una pierna mucho más larga que la otra. Optó por caminar con la pierna corta sobre la acera y con la pierna larga en la calle.

Pudo avanzar un poco más de media cuadra cuando surgió otro problema: notó que ahora su pierna corta se alargaba y que se le acortaba la larga. Cruzó hasta la vereda del frente y por allí continuó pisando con la nueva pierna corta arriba y la nueva pierna larga en la calle. Así, aunque lentamente, logró llegar, ¡oh milagro!, a su casa.

Ahí tuvo suerte: su mamá estaba muy ocupada en alguna parte por lo que no se percató de su llegada. Su papá, que también se encontraba en la casa, estaba

sentado en el comedor frente a una tacita de café, al parecer demasiado abstraído en sus pensamientos.

Es que Álvaro tenía mucho en qué meditar. Durante el almuerzo su esposa le había contado algo relacionado con Rodrigo.

—Cuando estaba dejando al Rodri en la puerta de la escuela, la tía Beatriz me pidió que por favor pasara un momento a hablar con ella. Lo primero que pensé fue que el Rodri había hecho alguna maldad.

Él se sonrió. Ya le hubiera gustado que su hijo hiciera maldades, pero ni eso se podía esperar del niño...

—Pero, ¿sabes lo que la profesora quería entregarme?

En realidad no era una pregunta, por lo que él dejó que su esposa continuara.

—¡Me entregó un cuento escrito por el Rodri! Lo leí y lo encontré muy lindo. Escribe muy bien... Al dármele la profesora me explicó que así se veía y se sentía Rodrigo: como un niño inválido que ha aprendido a aceptarse. Y eso, me dijo, le está permitiendo ser feliz. ¿Te das cuenta? Nuestro hijo está aprendiendo a ser feliz.

Álvaro nunca se había percatado de aquello. Nunca le habían preocupado los sentimientos del niño. Ni siquiera había pensado que los tuviera. Era un inválido. ¿Cómo era posible que un inválido sintiera...?

—Al irme —continuó ella—, pasé a la sala de clases y le di al Rodri un beso y le dije que lo felicitava por su historia del caballito pues era muy

hermosa. Durante el camino de vuelta leí el cuento una y otra vez. Me sentía tan satisfecha que hasta pensé en enmarcarlo. Mira, aquí lo guardé para mostrártelo —concluyó, y le pasó una pequeña hoja de cuaderno en la que, con una letra bastante desordenada, podía leerse:

El caballito que quería ser niño

Un caballito recorría todo el mundo porque quería ver si podía ser niño. Entonces encontró una bruja buena del país de la magia que lo convirtió en niño y a la mamá la convirtió en mujer.

Los dos salieron a conocer el mundo y un hombre malo se los llevó presos. El hombre era un brujo que les pegó y pegó. Entonces vino un hada y castigó al brujo. Lo echó afuera y les dijo: — Cuesta horrores ser hombre, mejor los vuelvo a convertir en caballitos y así lo pasarán mejor.

El caballito se fue saltando muy contento y el malo se convirtió en vaca y el caballito se casó, tuvo muchos hijos y fue muy feliz.

Él recibió la hoja con una mezcla de hostilidad e interés, pero también con ternura. Sonrió al recordar su propia letra, igualmente dispareja y difícil de descifrar.

Comenzó a leer sin que su rostro denotara nada. No obstante algo sucedió en su interior. Algunos meses atrás posiblemente ni siquiera lo hubiera leído, pero luego de la conversación con su amigo cura...

sentado en el comedor frente a una tacita de café, al parecer demasiado abstraído en sus pensamientos.

Es que Álvaro tenía mucho en qué meditar. Durante el almuerzo su esposa le había contado algo relacionado con Rodrigo.

—Cuando estaba dejando al Rodri en la puerta de la escuela, la tía Beatriz me pidió que por favor pasara un momento a hablar con ella. Lo primero que pensé fue que el Rodri había hecho alguna maldad.

Él se sonrió. Ya le hubiera gustado que su hijo hiciera maldades, pero ni eso se podía esperar del niño...

—Pero, ¿sabes lo que la profesora quería entregarme?

En realidad no era una pregunta, por lo que él dejó que su esposa continuara.

—¡Me entregó un cuento escrito por el Rodri! Lo leí y lo encontré muy lindo. Escribe muy bien... Al dármele la profesora me explicó que así se veía y se sentía Rodrigo: como un niño inválido que ha aprendido a aceptarse. Y eso, me dijo, le está permitiendo ser feliz. ¿Te das cuenta? Nuestro hijo está aprendiendo a ser feliz.

Álvarez nunca se había percatado de aquello. Nunca le habían preocupado los sentimientos del niño. Ni siquiera había pensado que los tuviera. Era un inválido. ¿Cómo era posible que un inválido sintiera...?

—Al irme —continuó ella—, pasé a la sala de clases y le di al Rodri un beso y le dije que lo felicitaba por su historia del caballito pues era muy

hermosa. Durante el camino de vuelta leí el cuento una y otra vez. Me sentía tan satisfecha que hasta pensé en enmarcarlo. Mira, aquí lo guardé para mostrártelo —concluyó, y le pasó una pequeña hoja de cuaderno en la que, con una letra bastante desordenada, podía leerse:

El caballito que quería ser niño

Un caballito recorría todo el mundo porque quería ver si podía ser niño. Entonces encontró una bruja buena del país de la magia que lo convirtió en niño y a la mamá la convirtió en mujer.

Los dos salieron a conocer el mundo y un hombre malo se los llevó presos. El hombre era un brujo que les pegó y pegó. Entonces vino un hada y castigó al brujo. Lo echó afuera y les dijo: — Cuesta horrores ser hombre, mejor los vuelvo a convertir en caballitos y así lo pasarán mejor.

El caballito se fue saltando muy contento y el malo se convirtió en vaca y el caballito se casó, tuvo muchos hijos y fue muy feliz.

El recibió la hoja con una mezcla de hostilidad e interés, pero también con ternura. Sonrió al recordar su propia letra, igualmente dispareja y difícil de descifrar.

Comenzó a leer sin que su rostro denotara nada. No obstante algo sucedió en su interior. Algunos meses atrás posiblemente ni siquiera lo hubiera leído, pero luego de la conversación con su amigo cura...

Aunque la pregunta nada tenía que ver con el relato, Tomás no pudo sino reír de buenas ganas de solo imaginarlo.

—Y también le dijo que durante todo el tiempo que estuvieron juntos, él le estuvo hablando de la Emilia para acá y que la Emilia para allá...

—¿Y en qué quedaron?

—Bueno, estuvimos conversando hartito rato ¡Es bien «dije» la Emilita!, ¿sabes?

Tomás solo la conocía de nombre por lo que prefirió no opinar. A él le bastaba con que a su amigo le gustara. Insistió en su pregunta.

—¿Y?

—Al final, cuando nos estábamos despidiendo, ella nos dijo que si el Nancho quería, la podía llamar.

16 La decisión

PESE a las promesas, menos de una hora después, Tomás fue en busca de su amigo para contárselo todo. Lo encontró en el dormitorio de Rodrigo. Su saludo consistió en un:

—Oye, ¿así es que te emborrachaste?

Su amigo lo miró extrañado.

—¡Qué pena no haberte visto! —insistió Tomás.

—Pero yo lo vi —exclamó Rodri—. Mira, entró blanco como un fantasma. Y caminaba sujetándose de las murallas.

—¡Oye!, espera. Yo jamás me emborraché. Lo que pasó fue que me sentía muy mal, el mundo se daba vueltas y vueltas. No sé cómo llegué a la casa.

—Menos mal que no tenías que ir al colegio —se compadeció Rodrigo.

—Bueno, ya pasó —dijo Tomás, arrepentido de haber tocado el tema—. Ahora te tengo una buena noticia.

—¿Quieres que salgamos de nuevo con la Clarita? —preguntó con no poco recelo su amigo—. No es que no quiera, lo que pasa es que ¡tiene unos amigos!...

—No, no se trata de eso —calló unos momentos para provocar mayor expectación—. Lo que pasa es que la Emilia quiere que tú la llames.

Nancho lo miró fijamente. ¿Se trataba de una broma? No. La cara de Tomás estaba demasiado seria, aunque tenía un gesto un poquito raro, como de insistencia: es verdad, tienes que creerme.

Era la conciencia que le remordía, pues había dicho algo que no era totalmente cierto, pero ¿qué importaba si la Emilia o si el Nancho eran los que querían llamar por teléfono? Lo principal era que se hablaran de nuevo.

Nancho permaneció en silencio. Su temor a ser rechazado por segunda vez era muy fuerte.

Entonces, con una corazonada que el amor por su hermano mayor le daba, Rodri comenzó a contar:

—¿Sabes lo que me pasó el otro día en mi colegio?

Por trascendental que fuera lo que estuvieran conversando, era imposible negarle al Rodri que dijera lo que quería decir.

—¿Qué te pasó?

—Resulta que el tío que nos hace gimnasia, que se llama kineso... gimnasia, me pidió, delante de todos los otros niños, que yo solo diera un paso.

—¿Solo? —se interesó Tomás—. ¿Y qué hiciste?

—Yo sabía que no iba a poder hacerlo, pero de todas maneras me levanté y traté, pero ¡pum!,

me di un feroz costalazo y todos se pusieron a reír porque me caí en forma divertida. Me dio mucha vergüenza, no porque se rieran, sino porque me había caído, así es que me levanté de nuevo. Es decir, me ayudaron a levantarme y cuando me dejaron solo... puse todo mi empeño y di un paso.

—¡Fantástico! —gritó Tomás—. ¡Te felicito, Rodri!

Nancho, que había permanecido como ausente, de pronto irrumpió:

—La voy a ir a llamar.

Y así lo hizo de inmediato. Pero no fue Emilia la que respondió, fue su mamá.

—No, ¿Nancho?, no, la Emilita no está. Fue a ver a su abuelita. Pero le voy a decir que tú llamaste.

—Gracias, señora —dijo cortésmente, mientras pensaba, ¡puchas!, está, pero no quiere hablar conmigo.

—Oye, Tomás, ¿pa' qué me dijiste que la llamara? Si no quiere hablar conmigo. Llamé a su casa y la mamá me dijo que no estaba. Pero estoy seguro de que sí.

—¿Y si fuera verdad? —preguntó bajito Rodri.

Para que se le pasara la pena, Tomás invitó a Nancho a reunirse con los otros jóvenes.

No obstante aquella misma noche se aclaró la duda, pues al volver a su casa, lo primero que su madre le dijo fue:

—Nancho, la Emilita te llamó.

—La voy a llamar altiro...

—Es un poco tarde, mejor llámala mañana

—le aconsejó ella.

Pero al día siguiente surgieron complicaciones.

17 La persecución

DURANTE ese día, Nancho no pudo llamar a Emilia. Estuvo reunido con el grupo encargado de preparar la fiesta que el curso iba a celebrar antes de la Pascua, y que estaba formado por Claudia, Tomás, Pedro, el Gordo Yáñez y él.

Esta tarde la llamo sin falta, se prometió a sí mismo, pero tampoco le fue posible hacerlo porque esa tarde sucedió que cuando todos estaban en la Alameda frente a la Universidad de Chile acompañados por un profesor, esperando micro, Pedro, de pronto, sin despegar la vista de la vereda del frente, le preguntó:

—¿Te acuerdas, Nancho, de lo que nos contaste el otro día? ¡Mira allá!

Todos miraron en esa dirección. Junto a la pila de agua —ahí donde comienza el Paseo Ahumada— dos hombres descargaban pinitos recién cortados desde una camioneta y los iban colocando en un par de carretillas de mano.

—¡Qué horror! —exclamó el profesor.

Fue entonces cuando uno de ellos volvió la cabeza. Al verlo, Nancho gritó:

—¡Es él!... Es el que vi en el cerro... ¡Es un

ladrón! —y cerciorándose de que ningún vehículo venía por la Alameda corrió, seguido por Claudia, el Gordo, Pedro y Tomás, atravesando la ancha avenida para tratar de detenerlos.

—¡Bandidos, cortárboles, ladrones! — gritaba.

Mientras tanto los hombres, sin percatarse de aquello, tomando cada cual una carretilla, partían en dirección a la Plaza de Armas.

—¡Ya pu', Lucho, apúrate oh! —decía el grande—, no vei que tenemos que vender luego estos árboles.

—¡Claro po', Rudi, tení razón —respondía el del bigote—, tenemos que venderlos al tiro, porque ¿sabí qué más? ¡Buag, me cargan los árboles!

Pero el jefe no lo escuchaba, seguía hablando:

—Aunque más no sea pa' recuperar el billete que perdimos el otro día cuando tuvimos que salir cascando. ¡Que no se me haya quedado olvidada mi caja con todos los recuerdos que yo tenía guardados de mi «amá» y de cuando yo era bien rechiquitito!

Entonces se dirigió a Lucho:

—¿Estái seguro de que hiciste lo que te dije?

—¡Tch! ¡Claro, po'! ¿No te acordái acaso que me tuviste dos días enteros parado frente a su casa de ella pa' acompañarte; como en las películas, me dijiste, pa' vigi..., pa' vigi... pa' aguaitar todo lo que ella hacía?, ¿te acordái?

—Sí, tení razón —dijo Rudi, aun pensativo.

—¡Buag! —espetó Lucho pensando en el administrador.

—¡Me cargan los dentrometidos! —y trató de poner cara de bien malo— pero le vamos a dar su merecido... por metete.

—¡Así es! Esta noche iremos y ¡guay de ella si el viejo no nos entrega la caja! —agregó Rudi, y la cicatriz de su rostro se hizo más siniestra.

Entonces oyeron los gritos, y suponiendo — con razón— que era a ellos a quienes perseguían, comenzaron a correr con sus carretillas por entre los numerosos vendedores callejeros y transeúntes que a esa hora, y ya próxima la Navidad, llenaban el Paseo Ahumada.

—¡Buag, me cargan los cabros chicos!

—No aleguí, Lucho, y corre —lo apuró el jefe. Y comenzó la persecusión...

El de bigote llevaba un árbol al hombro. Tomás, alcanzándolo, lo agarró de la punta. Sorprendido, el hombrecillo paró en seco. El tronco se atascó en el pavimento y el árbol, convertido en garrocha, lanzó a Tomás justo sobre los cojines que una vendedora exhibía en la calle.

Los muchachos, ante tal escena, se pusieron a reír; pero se vieron obligados a detenerse para ayudar a su amigo, lo que permitió a los bandidos distanciarse. Sin embargo, el joven se repuso casi de inmediato y pudieron reanudar la persecusión. Aunque Tomás lo hizo a desgano y muy enojado porque Claudia también se había reído de él.

Una florista se unió a ellos cuando pasaban frente a la pérgola de flores en la esquina del Paseo Ahumada con la calle Moneda.

—¡Párenlos, párenlos! —comenzó a vociferar—. Se llevan mis flores... ¡Ladrones!...

Así era en efecto. En su huida, los malhechores habían tropezado con ella. Las flores se enredaron en los árboles que, de repente, parecieron florecer.

—¡Buag, me cargan las flores! —gritaba Lucho.

—¡Corta-árboles! —gritaban los niños.

—¡Devuélvanme mis flores! —gritaba la florista.

—¡Apúrate que nos agarran! —gritaba Rudi.

Pensando que los perseguidores querían pinitos, una niña que también deseaba tener uno, se soltó de la mano de su mamá y comenzó a correr tras el grupo, mientras su mamá, una señora algo entrada en años y carnes, trataba de alcanzarla.

—¡Mami, yo quiero un pinito también! —gritaba la niña.

—¡Irmita, no sea desobediente, venga para acá inmediatamente! —gritaba la madre.

A todo esto, los bandidos habían llegado con su cargamento a la Plaza de Armas y tras ellos los cinco amigos, la florista, la niña con su mamá y un montón de personas deseosas —¡qué aventura!— de capturar a los ladrones.

Nancho, que iba adelante, alcanzó a oír

cuando al jefe le indicaba a su secuaz que sería mejor volver al cerro.

¡Y fue una suerte que lo hubiera alcanzado a oír, porque la plaza estaba llena de gente! Lustrabotas frente a las sillitas para los clientes; maniseros junto a sus barcos multicolores llenos de golosinas; jubilados sentados en los bancos tomando el sol.

Cuando sea bien, pero bien viejito, pensó Nancho, me voy a venir a sentar a la plaza a comer maní y le voy a pedir a uno de esos fotógrafos con esas cámaras antiguas de cajón que me saque una fotografía.

Numerosas personas iban o venían desde y hacia los edificios que rodean la plaza: la Catedral, el Correo Central, la Municipalidad de Santiago, el Museo Histórico Nacional y los dos pasajes comerciales.

En fin... unos cruzaban apurados los senderos de gravilla y otros paseaban sin apuro disfrutando de los jardines, prados, flores y de la sombra de sus árboles centenarios.

Aquella multitud permitió a los bandidos obtener bastante ventaja, pues cuando Nancho y sus amigos —sin el Gordo Yáñez que, agotado por la carrera, se fue a sentar entre dos viejitas— pudieron cruzar la Plaza y llegar a la calle Puente, solo alcanzaron a ver a los malhechores que huían en una viejísima camioneta.

Corrieron hasta Santo Domingo intentando alcanzarlos, pero fue en vano.

—¡Chitas qué lástima! —protestó Pedro.

—Cuando casi, casi los teníamos —se quejó Claudia.

—¡Está bien!, ¿y qué? —le dijo Tomás que seguía enojado.

—No estoy hablando contigo —replicó Claudia, pero antes de que empezaran a pelear, Nancho los tranquilizó a todos:

—¡Esperen!, yo sé dónde van.

Sus amigos lo miraron sorprendidos.

—Oí al jefe que decía que tenían que volver al cerro.

—¿Al Santa Lucía?

—No. Creo que al San Cristóbal. Ahí deben tener su escondite. ¡Y ojalá que sea así, porque si no, los perderemos!

—¡Vamos para allá entonces! —se impacientó Pedro.

—Ya... ¿Pero cómo?

Tuvieron suerte. Lucho, uno de los ladrones y que conducía muy mal, haciendo una mala maniobra abolló levemente a un taxi, pero no se detuvo, sino que aceleró y cruzó la bocacalle con luz roja.

Viendo que el chofer —de muy mal genio— se bajaba para apreciar el daño y comenzaba a gesticular, los cuatro amigos corrieron hasta él.

—¡Buenas con el rayoncito que le pegaron! —observó Pedro.

—Y salió arrancando —alegó el taxista.

—¿Sabe?, se fueron al San Cristóbal —le dijo Nancho.

—¿Sí? Entonces allá los agarro —amenazó furioso.

—Nosotros también los estamos persiguiendo —indicó Tomás—. ¿No podría llevarnos?

—¡Claro, pa' arriba cabros! —aceptó el conductor y partió veloz.

18 El rapto

POR fin llegaron a la subida del cerro al final de la calle Pío Nono. Le preguntaron al cobrador de peaje si había visto la camioneta.

—Reciencito pasó, ¿son amigos de ustedes?

—No, los venimos persiguiendo, son ladrones —le aclaró Claudia.

—Y a mí me abollaron el taxi —exageró el taxista.

—¡Ya me lo imaginaba! —exclamó el funcionario—, porque llegaron y pasaron, así no más, sin pagar.

Cuando el conductor se disponía a emprender la subida, Nancho, divisando a don Nino, saltó fuera del vehículo:

—¡Espere!, nosotros vamos a hablar con él —le dijo—, usted sígalos...

Sus amigos también se bajaron.

—Buenas tardes —saludó Nancho—, ¿sabe don Nino?, queremos pedirle que nos ayude.

—No, ahora no. Tengo un problema muy grave.

—Es que... —insistió a pesar de la negativa.

—¡Te dije que no!, ¿o es que no sabes? No...

¿Cómo puedes saberlo? —añadió, hablando en voz baja.

Nancho se extrañó. ¡Qué raro! Parece muy preocupado.

Don Nino, como despertando de un mal sueño, movió la cabeza y aclaró:

—¡Emilia ha sido raptada!...

—¿Qué? —gritaron todos en el colmo de la sorpresa. Luego llovieron las preguntas:

—¿Cuándo..., quién..., cómo...?

Entonces les contó lo sucedido:

—¿Recuerdas, Nancho, a esos hombres que ustedes descubrieron cortando pinos? Al huir, dejaron abandonada una caja que yo guardé —hizo una pausa—, pero ahora en la tarde cuando venía llegando a la oficina, sonó el teléfono y...

—¡Aló! —dijo una voz de hombre muy desagradable y que hablaba muy mal— quiero hablar con el administrador, con don... con don Nino.

—Con él habla —contesté.

—Escúcheme con harta atención porque no le voy a repetirle —dijo la voz con tono amenazante—. Usted tiene una caja que es de nuestra pertenencia. ¿Y sabe que más?, que la tiene que devolver.

—Un momento, veré si aún la tengo —respondí. Se me había olvidado el dichoso paquete, así es que fui a buscarlo.

—¡Aló!, ¿me escucha? —le dije cuando lo encontré—, lo abriré para ver qué tiene.

Oí un gruñido. Supuse que aceptaba, pero cuando me disponía a hacerlo la voz dijo:

—No, señor, no hará eso. Así cerradita la tiene que entregar.

—Ni se imagine que le devolveré esta caja, se la daré a la policía —le advertí intrigado por la negativa de aquel individuo y mientras hablaba comencé a abrirla porque me preocupaba lo que podría contener. Pero, ¡uf!, la sorpresa que me llevé. ¿Saben lo que había?; ¡nada!, ¡puras chucherías!

Entonces tomé el fono de nuevo:

—Oiga —le dije—, en esta caja hay un par de zapatos de guagua, un sonajero, un pañuelo, la foto de un niño desnudo arriba de un almohadón, con una patita levantada y un peinetón. ¿Está seguro de que es la suya?

—Escuche —comenzó a decir la voz, pero entonces sentí como le pasaba el teléfono a otra persona que dijo con voz mucho más segura:

—Usted me va a devolver mi caja porque si no, nunca más verá a su hija, ¿oyó?

—¿Q... qué? —balbucí.

—Ya lo sabe —repitió la voz—, si quiere volver a ver a su hija hará lo que yo le diga. Lo voy a llamar como a eso de las ocho de la noche. ¡Y será mejor que no le diga nada a la policía!, ¿oyó?

—me amenazó y colgó.

Todos los que escuchaban quedaron desolados. Se produjo un largo silencio... Tomás fue el primero en reaccionar:

—¿Está seguro, señor, que los raptos son los mismos que vieron su hija y Nancho?

—¡Sí, sí! No me cabe duda.

—Lo que pasa es que nosotros sabemos dónde están. Los veníamos siguiendo. ¿No vieron una camioneta vieja llena de árboles?

—Yo la vi —dijo uno de los jardineros—, no hace nada que pasó.

—¡En ella van esos bandidos. Tenemos que agarrarlos y salvar a Emilia! —exclamó Nancho.

—Los seguiré —dijo don Nino y corrió a su furgón, pero Claudia lo detuvo.

—Espere —le dijo—, ¿no hay una bajada por Pedro de Valdivia Norte?

—Sí, ¿por qué?

—Porque un taxista los está persiguiendo por este lado, ¿no sería mejor que usted se fuera por el otro y los arrinconara?

—Tienes razón; mira —agregó, dirigiéndose a Nancho—, con esto me pueden avisar si los ven —y le pasó un pequeño intercomunicador. Luego, con alguna de su gente, subió apurado al furgón y partió rápidamente.

Los cuatro amigos se miraron un tanto desconcertados.

Pedro resumió la situación:

—Y nosotros, ¿qué hacemos ahora?

19 Algo alegre y algo triste

MIENTRAS ocurría este tremendo ajeteo allá en las calles y en la subida del cerro San Cristóbal, Rodri se dedicaba tranquilamente a realizar sus tareas y los ejercicios de rehabilitación en su escuela, pues esta continuaba funcionando durante diciembre y enero.

¡Y ese prometía ser un día excepcional!

Durante la clase de ciencias entró la tía Silvia y estuvo cuchicheando un buen rato con el profesor.

Cuando se fue, él les anunció la gran novedad:

—Hoy en la tarde iremos a... ¡tatatatán!

¿Quieren saber dónde?

Todos gritaron que sí, al unísono.

—Pues lo siento —dijo con una gran sonrisa, un poco en broma y un poco en serio—, pero me dijeron que no les dijera. ¡Es una sorpresa!

—Dinos, dinos, tío...

—No seas malo. ¡Por favor!

—Si nos portamos bien...

Pero no hubo caso. Por mucho que le rogaron, el tío no les quiso decir nada. A los niños les surgió una enorme curiosidad: ¿dónde sería el paseo?

Por supuesto que cada uno imaginó un lugar

diferente y comenzaron serias discusiones en las que cada cual esgrimía contundentes argumentos, a pesar de lo cual no se llegó a ninguna conclusión.

De todas maneras, ante la expectación de salir, quedaron muy entusiasmados y a todos les dieron ganas de hacer chistes, así es que hubo muchos ese día.

Durante la colación, el tío Fernando le trataba de explicar a Gonzalo, que camina lo más bien pero que le cuesta mucho aprender y tiene muy mala memoria, lo que significaba martes trece. Habló de las supersticiones y les preguntó a los demás:

—Por ejemplo, ¿quién sabe qué hace la gente cuando ve un gato negro?

La Tere quiso contestar pero se atragantó y hubo que esperar a que se le pasara el atoro.

—Cuando mi papá ve un gato negro —contó— dice: a tomar, a tomar, que hace bien para la salud.

Casi ningún niño entendió el chiste, así es que el tío tuvo que explicar que «Gato negro» era una marca de vino y que por eso el papá de la Tere decía: a tomar...

Entonces Gonzalo preguntó:

—¿Y qué tiene que ver tomar vino con las supersticiones?

Y eso sí que hizo reír a todos.

Un rato más tarde mientras hablaban de las profesiones, al tío Fernando se le ocurrió preguntarle al Pancho:

—Oye, Francisco, ¿qué quieres ser cuando grande?

Y él le dijo:

—Yo quiero ser adulto.

El tío Fernando se rió, pero se rió solo porque casi todos querían ser adultos cuando fueran grandes, así es que no le encontraban nada de gracioso a lo dicho por Gonzalo.

Pero ahí no terminaron las bromas, también las hubo entre los niños. Pancho estaba conversando con Daniel y se le ocurrió pedirle su número de teléfono. Daniel agarró un pedazo de papel y estuvo trazándole rayas durante un buen rato. Después se lo pasó a su amigo.

Como el Pancho ya sabía leer un poco trató de descifrar lo que había en el papel, pero no entendió nada.

¿Cómo iba a entender si eran puras rayas?

—¿Y esto? —preguntó extrañado—. No puedo leer nada de lo que dice acá.

—¡Es que está en alemán, pu' tonto! —replicó Daniel.

20 *La flotilla aérea*

NANCHO contempló la pequeña plaza buscando la forma de continuar la persecución de los bandidos. En uno de sus costados había una gran reja—la entrada del cerro—flanqueada por dos gruesos torreones de piedra. Junto a ella, como un antiguo castillo también de piedra, estaba la caseta del funicular.

Él había subido varias veces en ese trencito que trepaba cuesta arriba llevando gente al zoológico, a las piscinas, y hasta alcanzar la cumbre misma donde estaba la gran estatua de la Virgen.

Desde allí se veía todo Santiago: el río Mapocho que corría atravesando la ciudad de lado a lado; el conjunto de grandes edificios que marcaban el centro; el cerro Santa Lucía, chiquitito desde la altura, y los barrios que se extendían a la distancia... Hacia el poniente se podía ver la cordillera de la costa. Hacia el oriente la vista trepaba por los primeros faldeos de los andes. Y hacia el norte y el sur la ciudad se diluía en la bruma gris que, como un animal maligno que quisiera devorarla, la cubría toda.

Casi adivinando su pensamiento, Tomás sugirió:

—Podríamos subir en funicular.

—No sé —dudó Nancho—; no tenemos la menor idea de a dónde pueden haber ido.

Y continuó observando. Junto al cerro había jardines con caminos de tierra gredosa. Numerosos quioscos ofrecían maní confitado y palomitas de maíz, volantines y cometas, remolinos, dulces, máscaras, globos...

El grito de Claudia lo sobresaltó:

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué es? —le preguntó Tomás.

—A ti no te lo pienso decir —le contestó ella molesta porque él se había enojado—, se supone que no quieres hablarme...

—Fue porque tú te reíste de mí.

—Es que te veías tan divertido sentado en la punta de ese montón de cojines.

—¿Sabí que tiene retoita la razón? —dijo Pedro sonriendo; y como todos comenzaron a reír, tanto a Claudia como a Tomás se les pasó el enojo.

—Bueno, les voy a decir lo que se me ocurrió —dijo ella—: ¡Miren los globos! —y señaló a un vendedor que tenía una gran cantidad de globos.

Los jóvenes lo miraron.

—Podríamos formar una flotilla de naves aéreas con esos globos —prosiguió la niña— y perseguir desde el aire a los bandoleros.

Pedro, bastante más práctico, miró a Claudia:

—¡Otra de tus ideas locas! —se burló.

Tomás, que seguramente pensaba lo mismo, prefirió, sin embargo, callar.

Pero Claudia continuó sin inmutarse:

—¡Miren! —insistió—, miren cómo sujeta los globos ese caballero, solo tiene tres en la mano y el resto amarrados a un banco.

Se acercó al vendedor:

—Señor globero, ¿por qué tiene así los globos?

—¿Ah?... —se sorprendió primero este—.

¡Ah! —explicó luego, con una sonrisa burlona—, si los tuviera todos en la mano saldría volando porque están inflados con gas.

—¡Eso es lo que digo! —exclamó Claudia—. Si cada uno de nosotros toma, no sé, cinco o seis globos, podemos elevarnos y...

—Y ubicar a los bandidos y ¡pum!, llegar y caerles encima, ¿verdad?

—¿Qué estamos esperando? —preguntó entusiasmado Pedro.

La plaza estaba llena de niños; algunos paseaban con sus padres. Los más, del barrio, estaban solos y jugaban a las bolitas o al luce. Los reunieron a todos y Claudia les expuso lo que querían hacer:

—Sería rico que todos saliéramos volando —les dijo y como a muchos les gustó la idea le pidieron al vendedor que les prestara sus globos.

Este, curiosamente, no tuvo ningún inconveniente.

Ataron seis globos a cada niño —el cálculo lo hizo Pedro— para que se elevaran.

—Agárense mientras tanto, para que salgamos volando todos juntos—les indicó Tomás.

Pedro estaba ansioso:

—¡Ya, nos fuimos!—gritó.

—¡No, no, esperen!—los detuvo Nancho más prudente—. Al elevarnos, el viento nos va a separar.

Es mejor que nos amarramos entre nosotros.

Otro vendedor les facilitó varias maldijas de cáñamo grueso. Nancho hizo un lazo en su cintura y dejó un trozo de cordel libre; los demás globonautas hicieron lo mismo, quedando todos unidos; luego...

—A la una, a las dos y a las tres...—contó y a un tiempo todos se soltaron y...

Se soltaron y...

¡Y no pasó nada!... ¡Absolutamente nada!

Solo el más chico, de unos cinco años, se elevó como medio centímetro del suelo y asustado, comenzó a llorar desesperadamente llamando a su mamá. Tomás, Claudia, Nancho y Pedro estaban absolutamente desconsolados.

Finalmente, como al parecer no había otro remedio, Nancho aceptó la proposición de Tomás.

—Bueno, vamos a tener que subir por el funicular.

Se dirigieron a la boletería en el torreón de piedra, compraron sus pasajes y tuvieron que esperar que el coche que venía bajando llegara hasta la plataforma de embarque.

Mientras aguardaban, Nancho miró hacia el

cielo. Una pequeña nubecilla flotaba perezosa, interrumpida por una numerosa bandada de pájaros. ¡Quién fuera ave y pudiera volar, libre, por el cielo hacia donde uno quisiera!, pensó. Pero entonces le surgió una duda:

¿Hacia dónde volarán los pájaros?

21 ¿Y los bandidos?

PERO, ¿y los bandidos? Después de abollar el taxi, continuaron su desenfrenada carrera sin importarles peatones, semáforos, automóviles, buses, carabineros, perros callejeros, baches del pavimento o lo que se les pusiera por delante. Llegaron a la Plaza Baquedano, cruzaron el río Mapocho por el puente Pío Nono, obviamente sin fijarse en el barandal ni en sus hermosos faroles de cuatro luces. Siguieron veloces hasta la entrada del San Cristóbal, pero no solo no se detuvieron a pagar el peaje, sino que casi atropellaron al cobrador para continuar su huida cerro arriba.

—¡Buag!, me cargan los cobradores —gritó entusiasmado el bigotudo.

Pero Rudi no le prestó atención. Iba demasiado preocupado planeando qué hacer para escapar de sus perseguidores y cómo recuperar la caja con sus preciados recuerdos.

Además, aunque no lo podía confesar, iba muerto de miedo, porque ya veía que Lucho se iba a desbarrancar.

—¡Guarda pu!, Lucho! —le advirtió al ver que se aproximaban a una curva muy cerrada, pero este no le hizo caso.

—¡Buag! —se quejó—, me carga andar arrancando.

—No estamos arrancando pa' que sepái —lo retó—, lo que hacemos pa' que lo sepái, se llama una retirada estratégica.

—¡Será po'!, si tú lo decí, pero ahora ¿qué? —preguntó el bandido, tan preocupado que hasta olvidó decir buag.

—Lo primero es lo primero —aclaró el jefe—, vayamos a buscar a la lola que raptaste, así no se van a atreverse a hacernos nada.

—¡Claro! —aceptó el bajito, sin entender lo que el jefe le decía. Y acelerando, siguió cerro arriba.

A Rudi le asaltó un pequeñísima duda:

—¿La niña está en la bodega? —preguntó.

—¿En la bodega, decí?

—Yo no digo. Te pregunto. ¿Está o no está?

—Güeno, tanto como estar, estar la verdad, no lo sé...

—¿Cómo que no lo sabí?, a ver, dime ¿tú la agarraste y la llevaste pa' la bodega como te dije que lo hicierai? —la duda iba en aumento.

—Güeno, tanto como llevarla, llevarla, no, pero...

Rudi se impacientaba:

—¿Lo hiciste o no lo hiciste, Lucho? —vociferó.

Viendo que su jefe se estaba enojando demasiado, intentó tranquilizarlo:

—Mira po' Rudi, lo que pasó fue que yo iba a ir y la iba a agarrar y me la iba a traerla aunque

fuera por la fuerza, ¿veí?, pero me dio tanta pena la pobrecita..., no fuera a ser cosa que se fuera a lastimar por mi culpa, ¿veí? —y miró al jefe a quien la cara se le ponía cada vez más de un color violeta con la rabia que le iba creciendo.

—Entonces —terminó de explicar Lucho—, decidí llamarla por teléfono, ¿veí?

—¿Por teléfono? —se horrorizó el jefe no creyendo que pudiera ser cierto lo que estaba oyendo, pero la curiosidad pudo más que su furia e, intrigado, le volvió a preguntar:

—¿Y la llamaste?

—¡Claro po'!, ¿qué te creí, que no me iba a atreverme?

En ese momento llegaban a un sendero de tierra. El gordo detuvo el auto. Bajándose, caminaron hasta una caseta semiderruida, oculta por algunos arbustos. En su interior, cajones tirados en el suelo, neumáticos viejos, sacos, fierros, pero de la niña... ¡nada!

El bandido bajito, nervioso, se sobaba las manos:

—Es que ¿sabí?, yo le iba a decir que nos ajuntáramos aquí, pero la verdad es que me dieron todos los nervios...

—¿Me dijiste que la había llamado? ¿Qué le dijiste?

—La llamé po' y le dije que por favor se viniera pa' acá pa' la bodega. Y encima, por si no lo sabía, le expliqué adonde quedaba. ¿Pero sabí lo que me dijo?

—¿Qué fue lo que te dijo, oh? ¡Desembucha de una vez más mejor!

—Me dijo que no iba a poder porque se iba a ir a un paseo que tenía.

—¡Con razón anda tan mal la profesión! — se lamentó Rudi, pero sabiendo lo tonto que era su socio, no se enojó. Además, ¿qué sacaba con enojarse?

—Lo único que nos queda por hacer pa' recuperar mi cajita — se dijo pensando en voz alta — es ir pa' su casa, raptarla y traerla pa' acá. ¡Eso es! ¡Ya, apúrate! Más mejor vamos al tiro.

Lucho, que seguía sin entender mucho, prefirió callarse y correr detrasito del jefe, allá él si hacía eso que decía que le iba a hacer a la niña, raparla, reptarla, retarla o algo parecido.

Pero Rudi tuvo que cambiar sus planes porque al subir al vehículo para dirigirse a la casa del administrador, oyeron el ruido de otro auto que se acercaba. Ágilmente — no porque fueran ágiles, sino porque tenían susto —, entraron a la destartada camioneta y partieron aceleradamente.

—Apúrale, Lucho, mira que ese taxista nos va a pillar — le recomendó Rudi.

Muy pronto llegaron al lugar en que el camino se dividía en dos. El de la derecha terminaba en el zoológico; el de la izquierda continuaba hasta la cumbre y luego volvía a bajar. Por ahí podrían volver a la ciudad liberándose del indignado chofer.

—Toma por el de l' i'quierda..., ¡el de l'

i'quierda!, pu' Lucho — gritó, infructuosamente, el jefe, en un intento por escapar del taxista.

Pero su secuaz, imperturbable, tomó el de la derecha. No porque fuera porfiado, sino simplemente porque no distinguía su derecha de su izquierda. Lo que ninguno de los dos podía saber, era que habían logrado, momentáneamente, burlar al chofer del taxi quien, habiendo llegado a la bifurcación, dudaba sobre qué camino seguir.

Y tampoco sabían que Emilia estaba de paseo, justamente... ¡en el zoológico!

22 Todos al cerro

EL grupo entró al funicular. Pero no se sentaron, prefirieron ubicarse de pie en el extremo inferior del vagón, para mirar hacia abajo cuando este sobrepasara la caseta desde la cual partía. Una sacudida les advirtió que habían comenzado a moverse y experimentaron ese curioso cosquilleo en el estómago cuando se niega —al igual que en los ascensores— a subir.

Les encantó sentir cómo se elevaban por sobre los techos y edificios y ver cómo estos se emqueñecían a medida que el trencito —de un solo vagón— trepaba en línea recta y por angostos rieles el San Cristóbal.

Muy pronto el funicular comenzó a frenar —haciendo esta vez que los estómagos siguieran subiendo por su cuenta hasta las gargantas— para detenerse cerca de la entrada al zoológico. Pensando que aquel podría ser un buen lugar para observar qué estaba sucediendo, los muchachos decidieron bajarse. Fue así como pudieron ver a los bandidos que justo en ese momento llegaban en la camioneta.

—¡Aló, aló! —llamó entonces Nancho a don Nino utilizando el intercomunicador—. Aquí Nancho informando... ¡Aló, aló!

—Aquí, escucho... —respondió el administrador desde su furgón.

—Los bandidos están entrando al zoológico.

—¡Vamos para allá, no los pierdan de vista! ¡Gracias y fuera!

El taxista, que finalmente se había decidido, llegaba en ese mismo momento también al lugar.

Pero los bandidos habían divisado a su vez a los muchachos que venían caminando, así es que Rudi le ordenó a Lucho que se dieran media vuelta y escaparan.

—No veí que este camino no tiene otra salida, si nos quedamos, es como meterse en una trampa. Ya, dale la vuelta más mejor y vámonos luego.

Sin embargo, aunque Lucho lo hubiera querido, no hubiera podido hacerlo porque un bus escolar, en medio del camino, obstruía cualquier posibilidad de dar vueltas o de retroceder.

Emilia, que esa mañana se había quedado sola en su casa, había recibido un extraño llamado telefónico. Pensó contarle a sus padres, pero recapacitó. Creerían que lo había inventado. La verdad era que, de todas maneras, no había entendido mucho; la persona hablaba muy raro y lo que decía no tenía sentido...

—¿Aló, quién habla? —había preguntado.

Pensó que habían reconocido su voz porque la otra persona preguntó directamente:

—¿Es la Emilia?

—Sí.

—Oiga, escúcheme entonces —había dicho el otro, y luego, como si lo hubiera aprendido de memoria, había agregado de corrido:

—Dice el Rudi que usted se tiene que venirse pa' acá pa'l cerro. Pa' la bodega que...

Pero ella no entendía nada de lo que el otro decía:

—¿Aló, aló?, ¿Por qué no me repite, por favor?, no le entiendo...

—¿Ah?

—No le entiendo, repítame lo que dijo, por favor —insistió la niña.

—Le digo que dice el Rudi que usted se venga pa' acá pa'l cerro. Pa' la bodega que hay en la subida de tierra, después de la última curva antes del zoológico, porque la tenemos que ra.. que rapa... ¡Güeno, no sé!, es algo que tenemos que hacer pa' hablar con usted de algo que le interesa a usted y a su 'apá. Güeno, el Rudi se lo puede explicar mejor. Y tiene que ser hoy a las cuatro de la tarde.

—¿A las cuatro?

El otro solo sabía repetir:

—Hoy a las cuatro de la tarde.

—Ah, lo siento —había respondido ella—, pero a las cuatro no puedo, porque a esa misma hora tengo un paseo al zoológico con mi curso.

—Güeno, usted sabrá. Yo ya se lo dije lo que me dijeron que le dijera —concluyó la otra persona colgando el fono y al parecer sin entender nada de lo que ella había dicho.

Pensó que era una broma y decidió no hacerle caso. Además, era cierto que esa misma tarde saldría con el curso, ¡y justamente al zoológico! Como habían estado estudiando los monos antropo... ¡Bueno! Algo así. Habían decidido que el paseo de fin de año sería al cerro. Y siempre resultaba divertido ver a los monos. Rápidamente olvidó la llamada y partió después del almuerzo al paseo, con sus compañeras, escoltadas por la señorita Julia, la profesora de biología.

Hacia bastante rato que Emilia se había separado de sus amigas, entretenida junto a la fosa de los chimpancés, rodeada de un alto muro que permitía mirar desde arriba sus saltos, monerías, andanzas y piruetas.

La joven estaba totalmente ajena a todo lo que sucedía a su alrededor, tuviera o no relación con ella: la tremenda angustia de su padre que creía que había sido raptada, las malévolas intenciones del Rudi y del Lucho, la heroica persecución emprendida por Nancho, sus amigos y luego el chofer, tras los bandidos, y la más increíble, la extrañísima coincidencia de que todos hubieran llegado al zoológico, al mismo lugar y en el mismo momento en que ella, por absoluta casualidad, se encontraba.

23 Entre lágrimas y chimpancés

¡P OR fin sonó el timbre! Se acabó la hora de colación y el recreo y tuvieron que volver a la sala, cosa que Rodrigo y todos los niños de la escuela «Manantial» deseaban. ¿De qué otra manera podrían saber cuál era la sorpresa que les habían preparado?

Ni bien se hubieron acomodado, la tía Silvia les dijo:

—Niños, ¡preparense! ¡Nos vamos a visitar el... zoo... el zoo...

—El zoológico —gritaron todos.

—¡Eso es! ¡El zoológico del cerro San Cristóbal!

¡Uf! La algarabía que se desató fue descomunal. Todos chillaban, golpeaban, pateaban o hacían cualquier ruido para demostrar lo contentos que estaban.

Un bus grande y amarillo los estaba esperando en la puerta de la escuela. Los que podían subieron solos. Los otros fueron ayudados o subidos por los tíos que los acompañarían. Para los niños que como Rodrigo les costaba caminar, había sillas de ruedas. También iban algunos padres. Los habían

estado esperando arriba del bus. Siempre iban papás y mamás para colaborar con los tíos para que todo resultara bien.

A Rodri le extrañó no ver a su mamá que no se perdía ni un paseo. Bueno, pensó, debe haber tenido algo bien importante que hacer. Le dio un poquito de pena, pero se le pasó de inmediato.

¡Y partieron!

El niño estaba emocionado. Verdaderamente emocionado.

Le habían hablado del zoológico, pero nunca había estado allá. Ver un elefante daba un poquito de susto. ¿Y si lo mordían? Tendría que tener cuidado.

Se fueron todo el camino cantando y asomándose para mirar las casas y las calles y a la gente. Los tíos y los papás les tenían que decir a cada rato que entraran la cabeza y las manos porque era peligroso, pero era inútil, resultaba demasiado divertido.

Llegaron al cerro, subieron y, finalmente, arribaron al zoológico sin más problemas que el de una camioneta que se había detenido justo a la entrada tratando de hacer algo que nadie entendía. El conductor del bus tuvo que hacer sonar varias veces la bocina para que se moviera y los dejara pasar. Cuando por fin pudo hacerlo —obviamente quien lo guiaba era un pésimo chofer— se dirigió hasta el estacionamiento, en donde, luego de algunas idas y venidas, se detuvo.

Bajarse del bus fue un proceso lento y bastante

complejo. Primero los padres, luego las sillas, después los profesores y al último los niños.

Una vez dentro del recinto el grupo se dispersó por entre las jaulas según lo que más les interesaba.

Todos estaban tan concentrados en tales maniobras que Rodri no se percató de que un «conocido suyo» lo estaba esperando. Bajó del bus y ayudado por el tío Fernando se sentó en la silla de ruedas que este le tenía preparada. Colocó sus muletas sobre las piernas y ya el profesor se disponía a partir con uno de los grupos cuando, de pronto, vio a alguien... ¡Casi se desmayó de impresión!

No podía creerlo. Sencillamente no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. El tío Fernando, que al parecer esperaba que pasara lo que estaba sucediendo, le dio un golpe suave en la espalda y le dijo:

—Rodri, te dejo acá porque seguramente tú prefieres que él vaya contigo, ¿verdad?

El niño estaba tan conmocionado que no atinó a responder. Entonces la persona que se encontraba frente a él se le acercó.

—¿Me dejas llevarte, Rodrigo? —le preguntó.

¡Era su padre!

Muchas ideas se agolparon en la cabeza de Rodri. Esto carecía de sentido. Algo no estaba bien... ¿o sí estaba muy bien? No sabía qué pensar. Era fantástico que su padre estuviera allí, pero ¿por

qué ahora? ¿Es que había cometido alguna falta grave —sin darse cuenta— y venía a retarlo? Pero estaba sonriendo, con una sonrisa llena de alegría, pero también de tristeza.

—Papá... —balbuceó sin responder la pregunta—, no entiendo, no entiendo.

—Sí, lo sé. Hay muchas cosas que tengo que decirte, que explicarte. Tenemos mucho de qué conversar.

En efecto, ¡había tantas cosas que su hijo no tenía por qué saber! Su incapacidad para aceptarlo tal como era; lo absurdo que había sido el comportarse como si el niño no existiera; la pretensión de compensar la falta de cariño con juguetes y artefactos caros. No tenía por qué saber cómo él había ido comprendiendo, quizás demasiado lentamente, su gran error y el inmenso daño causado. Ni los sabios y afectuosos consejos que él había pedido y que su esposa le había entregado ese mismo día a la hora de almuerzo y que finalmente lo decidieron a venir hasta el zoológico a reunirse con su hijo.

Rodrigo no tenía por qué saberlo. Por ello la angustia acumulada durante años brotó del niño en una queja:

—¿Por qué, si tú no me quieres?...

—No, no. No es así —se defendió Álvaro—.

En realidad es bastante más complicado. Hay muchas cosas de las que me gustaría que pudiéramos conversar. Pero sí, déjame decir algo que hace tiempo debí decirte... —hizo una pausa.

Y Rodri vio cómo su papá enjugaba las lágrimas que corrían por sus mejillas sin tratar de disimular que lloraba. Algo había pasado. Él jamás había llorado, y ahora...

—Es que no sabía cómo hacerlo —dijo y sonrió— deseaba decirte que... ¡Que te quiero!

El niño sintió que las lágrimas también corrían mojado su cara, pero eran lágrimas de felicidad. Todavía la pena que hubiera podido sentir se esfumó como por arte de magia en ese momento. Entonces dijo algo que su papá no entendió muy bien.

—¡Qué rico que tú también conozcas al brujo!

Después, todo fue una maravilla. Elefantes, pumas, leones, zorros, chinchillas, jirafas y tantos otros animales fueron visitados esa tarde. Padre e hijo iban dichosos recorriendo las jaulas y caminos del zoológico hasta que llegaron al foso de los chimpancés.

Rodrigo se apoyó en la baranda y se maravilló mirando las monerías de los pequeños animales.

De repente su papá le dijo:

—Mira, pero bien disimulado. ¿Ves esa niña que está allá al frente, afirmada en la baranda?

—Sí. ¿Quién es, la conoces?

—¡Claro, es la... —pero en ese momento algo interrumpió a su papá.

Unos tipos muy extraños pasaron corriendo perseguidos por un niño...

Y entonces Rodri fue quien gritó:

—¡Papá, papá! ¡Mira! Ese es el...

24 En el zoológico

LOS primeros en entrar al zoológico habían sido los bandidos: el jefe, Rudi, con su siniestra cicatriz cruzándole la cara y el bajito con cara de tonto, Lucho. Por supuesto que lo hicieron sin pagar y atropellando a medio mundo. Y por supuesto que los guardias comenzaron a perseguirlos para sacarlos de allí.

Después había llegado el taxista que de inmediato vio a los bandidos huyendo cerro arriba por los caminos y escalas del zoológico, tratando de no ser alcanzados por los cuidadores.

Como a continuación, solo breves momentos más tarde, hicieron su entrada al zoológico los cuatro jóvenes, todos juntos corrieron tras los ladrones.

Y, finalmente, llegó el grupo de personas de la escuela «Manantial».

Los dos corta-árboles corrieron hasta los corrales de los animales andinos, vicuñas, llamas, carneros, guanacos y otros, cercados por una alta reja y, trepando por ella, se dejaron caer al interior. Allí se escondieron logrando despistar a sus perseguidores.

—Tenemos que pensar cómo vamos a salir de esta —dijo el Rudi jadeando.

—¡Güenas con la lola pa' tonta. Mira que no hacerme caso! —gimoteó Lucho—. ¡Buag!, me cargan la' lola' que se hacen de rogar.

—Pero, ¿estái seguro de que le dijiste que tenía que venir a la bodega del cerro?

—¡Claro que se lo 'ije! ¡Tch!

—¿Y te dijo que iba a venir?

—Güeno, tanto venir, como venir me 'ijo que no, me 'ijo algo de que tenía que ir de paseo parece que con su curso de su colegio. Pero eso ya te lo había contaó.

—¡Mira pa' lo que vinimos pa'l cerro! —repuso indignado el jefe—. ¿Por lo menos te acordái si te dijo dónde iba a ser el paseo?

El Lucho se concentró hartó para pensar, hasta que se acordó:

—¡Claro po'! Me dijo que iba a ir al zoológico. ¿Sabí? —estaba feliz de haberse acordado—, pa' allá tendríamos que ir más mejor, ¿no creí?

—Pero cabeza e chorlito, si resulta que estamos aquí mismito, en el zoológico —exclamó Rudi al borde de la desesperación.

—¿Sabí que más? Tení to'ita la razón.

Sin embargo la conversación se interrumpió cuando divisaron al chofer que, habiéndolos descubierto, se acercaba con los dos guardias:

—¡Ajá! ¡Los pillé, bandidos, rayautos, patanes! —gritaba éste en el colmo de su indignación.

—¡Buag! —chilló Lucho—. ¡Me cargan los

taxistas! —y seguido por su jefe comenzó a correr.

Cruzaron el corral por entre los animales, intentando eludir los salivazos de los airados guanacos. En forma no muy agradable los carneros salvajes reaccionaron embistiendo a los dos intrusos para sacarlos fuera de su territorio, cosa que lograron rápidamente, pues los ladrones vieron aumentada la velocidad de su carrera con los empujones que les propinaban una y otra vez los enojados machos del rebaño. Y al salir de aquel corral fueron a dar justo frente a la fosa de los chimpancés.

Pero ahí estaban los niños.

Intentando esquivarlos, los bandidos comenzaron a correr alrededor de la fosa. Iban en la segunda vuelta cuando Rudi se detuvo en seco:

—¡Ahí está! —gritó señalando a Emilia—. ¡Agárrala, Lucho, que no se te escape!

El bandido bajito también vio a la joven y corrió hacia ella.

Pero no fueron los únicos que corrieron hacia la joven.

El papá de Rodrigo, que había visto a Emilia y que había comenzado a comentárselo a su hijo, ahora, intuyendo las malas intenciones de ese tipo bajito y bigotudo que se acercaba con cara de pocos amigos a la niña, partió corriendo, empujando la silla de ruedas.

Rodrigo, al darse cuenta de lo que estaba sucediendo, enarboló una de sus muletas como ariete y...

Emilia, que no se había percatado de nada, seguía embelesada mirando a los monos.

—¡Buag!, me cargan las niñas, ¿por qué más mejor no la echamos a los monos? —murmuraba el bigotudo en voz baja mientras se aproximaba a Emilia.

Y convencido de lo brillante de su idea, Lucho, sin esperar la aprobación de su jefe, se echó sobre la joven, con la aviesa intención de empujarla hacia la fosa.

Pero Emilia, por alguna razón desconocida, en ese preciso instante se agachó.

La muleta de Rodrigo, que viajaba velozmente empujado por su padre —que por algo era futbolista— ¡pum!, fue a dar de lleno en el trasero de Lucho haciendo que este, sin poder frenar su impulso, volara por sobre la niña y fuera a dar al interior de la fosa.

Los monos, pensando —no sin cierta razón— que era uno de los suyos, lo rodearon curiosos.

—¡Buag!, me cargan lo' monos —chillaba el bandido agitando los brazos para espantar a los pequeños chimpancés que insistían en jugar.

—Buag, buag, buag —chillaban los monos, felices de que el nuevo ocupante de la jaula hablara su mismo lenguaje.

En ese momento don Nino llegaba con refuerzos.

En vista de ello, Rudi dio media vuelta para huir, abandonando la idea de apoderarse de Emilia

quien, por lo demás, seguía sin entender absolutamente nada de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Sin embargo, el ladrón no logró ir muy lejos pues se encontró a boca de jarro con las sillas de ruedas de la escuela «Manantial» cerrándole totalmente el paso.

Entonces trató de arrancar hacia el otro lado, pero ahí estaban los muchachos que lo habían venido persiguiendo. Rudi, aprovechando su corpulencia, pretendió abrirse paso atropellándolos, pero Nancho, que se había trepado a una reja, arrojándose sobre el malvado lo dejó, de inmediato, fuera de combate.

—¡Hurra, hurra! —gritaron todos alborozados.

25 *Algo termina..., algo comienza*

TODOS gritaban contentos, menos Claudia y Tomás que, reconciliados, se alejaban del grupo, caminando por entre las jaulas de guanacos, aves exóticas, bisontes y osos, totalmente olvidados del mundo...

Nancho, mientras tanto, viendo a Emilia aun agachada junto al muro de los monos, pensó que estaba en peligro y corrió hacia ella:

—¡No tengas miedo! —le gritó—, ¡ya pasó todo!

Emilia lo miró sumamente extrañada:

—¿Peligro?, ¿qué peligro? Parece que tienes harta imaginación —le dijo.

Nancho miró a su pobre amiga con ojos tiernos; el susto no la dejaba razonar muy bien.

Don Nino, el chofer del taxi, Pedro y los demás muchachos se les acercaron. Don Nino procedió a contarle a su hija, brevemente, lo sucedido.

Entonces, y solo entonces, Nancho empezó a comprender a Tomás, pues la sonrisa, el abrazo y el beso que recibió de Emilia fueron algo que jamás olvidaría.

Dedujo que no estaría enojada porque no la alcanzó a llamar por teléfono.

Don Nino, tranquilo al ver que su hija se hallaba sana y salva; y Álvaro, el padre de Nancho, calmado también, luego de comprobar que este no se había roto ningún hueso con el golpe propinado al bandido, se saludaron.

Nino lo hizo efusivamente.

—¡Hombre!, ¿cómo estás? —agregando a renglón seguido—. ¡Vaya hijos que tienes! Debes estar muy feliz con ellos...

Álvaro se sintió muy orgulloso, pero también sintió remordimientos. ¿Había sido todo lo buen padre que se puede ser, alejándose de Rodrigo en vez de ayudarlo, y tratando de que Nancho hiciera lo que a él le gustaba, sin dejarlo decidir por sí mismo?

—¡Nunca más! —se prometió en voz muy baja, pero no lo suficiente como para que Rodri no pudiera escucharlo.

—Nunca ¿qué? —le preguntó el niño pensando que su papá le hablaba.

—Nunca olvidaré este día en el zoológico —le respondió. Y no mentía.

—Y yo tampoco, papá —dijo Rodrigo muy contento—. Y, ¿sabes?, quiero mostrarte algo...

Antes de que su padre pudiera reaccionar afirmó sus muletas en tierra y, aunque con gran esfuerzo, se levantó de su silla y se dirigió a una escala de piedra cercana donde subió, sin ayuda de nadie, dos gradas. Dos gradas que significaban para él la diferencia entre la resignación o la alegría de

vivir. Y miró a su padre sonriendo satisfecho, muy satisfecho.

Álvaro sintió cómo un nudo de felicidad se formaba en su garganta al comprender que esa demostración era la forma en que su hijo le expresaba todo el amor.

¡En verdad, jamás olvidaría esa tarde!

Aproximándose a Rodri recibió el cálido cuerpo del niño cuando este se dejó caer en sus brazos y ambos se fundieron en un largo abrazo, mientras los compañeros y profesores de Rodrigo aplaudían su hazaña.

26 Fin

¡NO, no! No es el FIN. Es importante informar que, como los bandidos le pagaron al taxista los daños ocasionados a su vehículo, este no presentó ninguna demanda en su contra.

Por eso Rudi —que recuperó la caja con sus recuerdos de niño— y Lucho —que ahora, ¡buag!, odia más que nunca a los monos, a los niños y a los árboles, entre otras muchas cosas—, fueron sentenciados a un año de cárcel por cortar pinos sin autorización, e incluidos en un programa experimental de rehabilitación que consiste en plantar árboles, cosa que harán durante sus 365 días de reclusión.

Y ahora sí:

¡FIN!

Índice

1	Los acacios	5
2	De cómo empezar a pololear	9
3	Rodrigo (y Álvaro)	13
4	A la escuela	17
5	Otro pasito más	21
6	De visita	25
7	Enojado con Dios	29
8	Mucho sobre qué meditar	33
9	Emilia	37
10	¡Bandidos!	41
11	Colegio y aventuras	49
12	¿Qué come una golondrina?	53
13	Nuevas amistades	59
14	Nada de qué vanagloriarse	65
15	Secretos	69
16	La decisión	73
17	La persecución	77
18	El rapto	85
19	Algo alegre y algo triste	89
20	La flotilla aérea	93
21	¿Y los bandidos?	99
22	Todos al cerro	105
23	Entre lágrimas y chimpancés	109
24	En el zoológico	115
25	Algo termina..., algo comienza	121
26	Fin	125